

El teatro de los niños
Colección de juguetes dra-
máticos en verso por
D. José M^o La - Cort

Valladolid 1865

T. 1138488 C. 7127459

INSTRUCCION Y EDUCACION.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS.

COLECCION

DE

JUGUETES DRAMÁTICOS

EN VERSO,

por

D. JOSÉ MARÍA LA-CORT,

Director

de la Escuela Normal Superior de Valladolid.

SEGUNDA PARTE.

VALLADOLID:

Imprenta, Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y EL INSTITUTO.

1865.

menos sé qué debo hacer.
Aunque á decir la verdad,
vengo á pecar en sustancia
mas bien que por ignorancia
por falta de voluntad.

El trabajo duro y recio
sin embargo no me asusta,
lo que á mí mas me disgusta
es el general desprecio.

¿Por qué el rico al menestral
trata con tanta altivez?

¿Es una infamia tal vez
el trabajo manual?

Si bien niño á mi conciencia
lo contrario no se esconde,
pero el mundo me responde
con sarcástica insolencia.

Por fuerza he de decidir
antes que acabe la tarde,

La cabeza se me arde.

Si consiguiese dormir. (*Se echa en la cama.*)

Tal vez luego con mas calma
pudiera al fin resolver

y á aquel padre complacer

á quien.... quiero.... con el alma. (*Se duerme.*)

Durante los últimos cuatro versos cambia la decoración con lentitud en una selva con una choza al foro, dentro de la cual y echado en la cama queda Pablo; á la izquierda del espectador aparece el baron vestido de piel.

ESCENA II.

PABLO Y EL BARON.

PABLO.

¿Qué es aquesto Gran Dios?

No hace un momento
me parece que estaba en mi aposento;
¿Quién aquí con mi lecho me ha traído?

BARON.

Broma de alguna chinche acaso ha sido.

PABLO. ¿El poder de un insecto á tanto llega? (*Se levanta*)

BARON. Ya lo creó, y á mas, si era gallega.

PABLO. Pero en fin ¿dónde estoy? pues yo lo ignoro.

BARON. Te encuentras entre Pinto y Valdemoro.

PABLO. ¿Y esta choza?

BARON. Amiguito, mas despacio;
eso que llamas choza es mi palacio.

PABLO. Nunca los vi de tal arquitectura.

BARON. ¿Y has visto tú barones de esta hechura?

PABLO. No por cierto, y asi dudoso estoy.

BARON. Pues el baron de Rompe y Rasga soy.

PABLO. Muy menguada estará la baronía.

BARON. Cuanta tierra descubres toda es mia.

PABLO. Pero está sin cultivo.

BARON. ¡Majadero!

¿la babia de labrar un caballero?

PABLO. ¿Por qué no la arrendais?

BARON. Si así lo hiciera

otro tal vez la renta se comiera.

¿A cuánto mayordomo no se mira
que mientras su amo de miseria espira
enriquece y engorda?

PABLO. Si eso es todo
podierais arreglarlo de otro modo
vuestros bienes vos mismo administrando.

BARON. Muy digna ocupacion me ibas buscando.

¿Qué digeran Roldan y Calainos

si vieran al mayor de los sobrinos

del yerno de la prima del aguado

de la suegra del hijo del cuñado

de aquel rey que segun la gente *sáb*ia

Perico se llamó y murió de rabia,

qué digeran al verlo ajustar cuentas

y firmar los recibos de las rentas?

Trabajar de esa suerte por el oro

no es cosa conveniente á mi decoro.

PABLO. ¿De qué vivís entonces?

BARON. ¿Pues no notas

las encinas cargadas de bellotas?

Los bichos que se mueren ya de viejos

acostumbran legarme sus pellejos;

y así á mi plato y á mi cofre acudo.

PABLO. Y nunca harto os vereis, siempre desnudo.

BARON. ¿Y qué quieres? No es bien que yo trabaje.

PABLO. Pero aqueso es vivir como un salvaje;

No sé que nombre dar á esa nobleza

que encuentra aun en lo mas indiferente

motivo de rubor, y así consiente

vivir en la inaccion y la pobreza.

Pues si nos obligó naturaleza,

y si al hombre ordenó el Omnipotente

que el sudor derramase de su frente,

¿cómo puede el trabajo ser vileza?

Imposible es con ánimo sereno,

observar ¡oh baron! tanto idiotismo

y á mi pesar de indignacion me lleno.

Vuestro orgullo es peor que el egoismo:

por no ser para nadie útil ni bueno

ni aun siquiera lo sois para vos mismo.

BARON. ¿Sabés que sacudes fuerte?

mas, chico, no me incomodo.

En la nobleza hay de todo:

si yo opino de esta suerte,

muchos piensan de otro modo.

Ahora los verás.

PABLO. ¿En dónde?

BARON. Hacia aqui se acercan tres: (señalando adentro.)

el de en medio un duque es,

el de la derecha un conde,

y el otro en fin un marqués.

PABLO. Eso es casi un aluvion.

BARON. Pues sabe aunque no te importe

que es aqueso peloton

un sesto de la irrupcion

de los barbaros del Norte.

Creo que vienen á buscarte,

con ellos voy á dejarte.

PABLO. ¿Téneis que hacer?

BARON. Yo jamás.

¿Pues á dónde vais? Dirás,

con la música á otra parte. (Vase.)

ESCENA III.

PABLO, EL MARQUES, EL DUQUE Y EL CONDE.

DUQUE. Bien venido, amigo Pablo.

PABLO. ¿Me conocéis?

DUQUE. Claro está

que á no conocerte ya
¿te nombrára cuando te hablo?

PABLO. Si me conocéis á mí
en lo cual recibo honor
declaradme por favor
cómo es que me encuentro aquí.

MARQ. El duque de la Galleta
sabe lo que ha sucedido.

DUQUE. Sí; cabalgando has venido
en la pluma de un poeta.

PABLO. Eso es magia.

CONDE. Puede ser;

pero yo la llamaría
no magia, majadería
de quien no tiene que hacer.
¡Poetas! Librenos de ellos
Dios; pues el propio que á ti
nos hace venir aquí
traídos por los cabellos.

MARQ. Pero el irnos á juntar
es casi una impertinencia
teniendo tal diferencia
nuestro modo de pensar.

DUQUE. Con todo, aunque tan opuestos
fuimos siempre en opiniones,
discutimos con razones,
nunca jamás con denuestos.
Siempre que no esté el barón.

MARQ. ¡Valiente calamidad!

DUQUE. Es que suele la verdad
brotar de la discusión.

PABLO. Si no temiera en tal punto
el llegar á molestaros

- habria de consultaros
acerca de cierto asunto.
- DUQUE.** Sé lo que quieres decir,
y es fácil de resolver
si admites que es menester
trabajar para vivir.
- PABLO.** Si hubiese de ello tenido
duda en alguna ocasion
despues que he visto al baron
se hubiera desvanecido.
- MARQ.** ¿Cuánto vá a que te parecen
en extremo repugnantes
las distinciones chocantes
que los hombres establecen?
Si de un padre procedemos
y si nobles y villanos
somos sin disputa hermanos
¿por qué iguales no seremos?
- DUQUE.** Te acaloras sin razon:
que así el pastor como el rey
ante Dios y ante la ley
no hay duda que iguales son.
¿Mas fuera justificado
dispensar igual aprecio
lo mismo al sábio que al necio
y al bueno como al malvado?
- CONDE.** Bien está ver preferidas
la ciencia y la probidad
¿mas por qué la utilidad
que reportamos olvidas?
¿Quién habrá tan mentecato
que no sepa que en rigor
nos fué siempre el labrador
mas útil que el literato?
¿Pues por qué con mas decoro
tratas á aqueste? Eso es yerro.
- DUQUE.** Siendo mas útil el hierro
¿por qué vale mas el oro?
- CONDE.** Muy sencilla es la respuesta:
es mas fácil de explotar
el hierro.

DUQUE. ¿Y el cultivar

el talento nada cuesta?

MARQ. ¿Y puedes ver con paciencia
que unos pocos se enriquecen
mientras que tantos perecen
víctimas de la indigencia?

DUQUE. A ningún pecho sensible
eso pudiera agradar;
mas llegarlo á remediar,
por ahora es imposible.

CONDE. Tal dificultad no veo.

DUQUE. ¿Quieres nivelarnos, conde?

CONDE. Acaso.

DUQUE. No sabes donde
te conduce tu deseo.

¿Pobres ya no se verán
si haces a todos señores?

CONDE. Serán todos labradores.

DUQUE. Y tambien pobres serán;
y aun mucho mas que en el dia
en esa edad que creyó
de oro tu mente y que yo
de barbarie llamaria.

Entonces tú te curaras,
y tus vestidos tejieras,
tu habitacion construiras
y tus arados forjaras.

Sin remedio en caso tal
tendrias que hacerlo todo;
pero, conde ¿de qué modo?

CONDE. Seguramente muy mal.

DUQUE. No pienso haya quien quisiera
vivir de esa suerte hoy dia.

MARQ. Pero dí, ¿no se podria
arreglar de otra manera?

DUQUE. En el hecho de querer
borrar toda distincion
toda noble aspiracion
se viera desaparecer.

¿Quién espoudria gustoso
por la patria su existencia?

¿los arcanos de la ciencia
quién apurara estudioso?

¿De una penosa labor
quién encargarse querría
cuando de ello no podía
sacar provecho ni honor?

MARQ. ¿Con que según eso en vano
es atreverse á esperar
que pueda al fin mejorar
de suerte el género humano?

DUQUE. Creo que nunca los mortales
dejarán de padecer,
pero pueden á mi ver
amenguar algo sus males.

Para esto, Marqués amado
no necesitas gran ciencia:
vive en paz con tu conciencia
y conforme con tu estado.

MARQ. ¿Con que debo estacionarme
y renunciar al progreso?

DUQUE. No, Marqués, nada de eso.
Ten la bondad de escucharme:
Todo aquel tiempo que la vida dura
es el mismo también que nos da el cielo
para buscar y hallar nuestra ventura;
Y aunque infinitas veces este anhelo
que en nuestro corazón puso natura
no llegue á realizarse acá en el suelo
buscando el bienestar mientras vivimos
es un deber sagrado el que cumplimos.
Y aunque es larga y penosa la carrera
puede acabarla el ánimo constante
mas será necedad la del que quiera
al término llegar en un instante;
Y necedad mayor si desespera
y en su vida dá un paso hácia adelante:
Al primero le pierde la osadía
y envilece al segundo su apatía.

Del mundo el mecanismo prodigioso
dá sabias lecciones á este intento:
En él se encuentra en él que esté en reposo;

todo se halla en continuo movimiento, y si el hombre bastante poderoso para alterarlo fuese, en el momento que de su marcha un ápice cambiara tal vez el universo desquiciara.

¿Mas quién se acerca?

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y EL BARON

BARON. ¡Ay amigos!

CONDE. ¿Qué es, Baron lo que te aterra?

BARON. Doseientos mil enemigos que han entrado en nuestra tierra.

Hacia aquí vienen armados no con fusil, ni escopeta, ni con cañones rayados, sable, lanza ó bayoneta, sino con sierras, formones, alambiques, prensas, hornos, picos, palas, azadones, garruchas cabrias y tornos: mazos, buriles, cinceles, telares, devanaderas, libros, paletas, pinceles, molinillos y tijeras.

Todo en aquesta invasion lo vuelven de arriba abajo.

DUQUE. ¿Y quién los manda, Baron?

BARON. El talento y el trabajo.

MARQ. ¡Muy buenos gefes!

¿Te gustan?

BARON. ¿Y tu lo estrañas?

Si á fé,

Porque á mi, Marqués, me asustan, y me horrorizan

MARQ. ¿Por qué?

BARON. Al pensar que cerca están, siente ya mortal calambre, pues diz que no hay holgazan

- á quien no maten de hambre.
- CONDE. Pues á trabajar con brio.
La cuestion es muy sencilla.
- BARON. Verdad, pero, amigo mio,
no me deja la costilla.
Reparad cual se aproxima
aquesa hueste invasora.
Ya les tenemos encima
mirad la locomotora.
- DUQUE. Pues yo ya me decidí:
y veloz marchó á encontrarlos,
- BARON. ¿Qué vas hacer? ¡Ay de tí!
¿Vas á lidiar?
- DUQUE. No; á abrazarlos.
Siganme los que quisieren
eternizar su memoria
y en su corazon sintieren
una ardiente sed de gloria.
Al trabajo nos lancemos
dejando el orgullo insano
y con ardor trabajemos
en pro del género humano.
El laurel que antiguamente
al valor se diera solo
hace tambien en la frente
de las Musas y de Apolo.
Y aun exceden á mi ver
al invicto Macedon
Fúlton, Amalfi, Genner
Gutemberg, Volta, y Colon.
- MARQ. Di ¿qué oficio elegirás?
para imitarte nosotros.
- DUQUE. Cualquiera; el que sirva mas
al bienestar de los otros,
ni siempre elegir podremos.
marqués, á nuestro alvedrío.
- CONDE. Pues marchemos.
- TODOS. *menos el Baron* Si marchemos.

(*Vanse el Duque, el Conde y el Marqués; Pablo vá á seguirlos y le detiene el Baron.*)

ESGENA V.

EL BARON Y PABLO.

- BARON. Espérate, amigo mio.
PABLO. Ved, que los otros se alejan.
BARON. Quédate.
PABLO. Yo no me quedo.
BARON. Pero si todos me dejan
voy á morirme de miedo.
Ya se acerca el enemigo.
PABLO. Vamos, soltadme.
BARON. No, Pablo,
ven á esconderte conmigo.
PABLO. Eso no.
BARON. Ven, ¡voto al diablo!

(Mete por fuerza á Pablo en la cabaña, lo arroja en el lecho y se oculta. Cambia de decoracion y aparece la misma salita que al principio.)

ESCENA VI.

PABLO SOLO.

- PABLO. Es inútil tal empeño *(Soñando)*
y á pesar vuestro me voy. *(Levantáse.)*
Mas ¿que es esto? ¿donde estoy?
¿si habrá sido todo un sueño?
Aquesta es mi habitacion;
y sin embargo yo estaba...
Vamos, sin duda soñaba...
Pero, cielos, ¡qué leccion!
Mi espíritu hace poco confundido
entre mil y mil dudas ha aprendido
que solo es degradante la pobreza
cuando la causa el vicio ó la pereza;
que la crueldad, la sórdida avaricia,

la adulacion servil y la injusticia
á los hombres deshonoran y envilecen,
y que ciencia y virtud los ennoblecen;
que el trabajo derrama por do quiera
el bienestar, la dicha verdadera;
y que si en fin la sociedad lo esquivada
volverá á la barbarie primitiva.
Ya de aquí en adelante si ligero
al hablarse del pobre jornalero
á nuestra sociedad alguno trata
de inicua, ó de cruel, ó bien de ingrata
sabré que debo darle por respuesta
que el sábio aprecia mas lo que mas cuesta.
¿Mas quién viene hacia aquí? (*Mira adentro.*)

Es mi padre amado.

Corro á encontrarle; y pues que ya he lanzado
toda vacilacion del alma mia
el me aconsejará y desde este dia
por su saber guiado y su ternura
buscaré en el trabajo mi ventura.



LAS PERAS.



ACTORES.

Antonio.

Pedro.

Un hortelano, que no habla.

El teatro representa una arboleda con varios frutales, en medio un banco de piedra y encima un cestillo con peras.

ESCENA I.

ANTONIO SOLO.

ANTON. ¡Canario! ¡que bueno es esto!
¡cuanta fruta! Si no fuera
por temor de que me viesen
me había de dar una buena
¿Pero qué digo? Dislates:
pues aunque nadie me vea
yo no debo coger nada
pues no es mia la arboleda
y fuera un hurto tomar
lo que el dueño no me ofrezca.

¿El dueño? si le encontrase
le pediria licencia...
no, primero suplicara
dispensase el que sin ella
como Pedro por su casa
me colara por la verja.
Le daria mis excusas
diciendo que á puerta abierta
peca el justo... Mas no, no,
que si tal disculpa diera
el dueño replicaria:
¿Con que tú sabes que pecas?
pues tambien debes saber
y la doctrina lo enseña
que no alcanza el pecador
el perdon sin penitencia.
No seria mala fruta,
la que acaso me ofreciera.
A buen librar me sacaba
cojido de la oreja,
y al fin para despedirme
me arrimaba una puntera
ó me daba un pescozon
así á modo de advertencia
y me dejaba en la calle
mas maduro que una breva.
Lo mas seguro de todo
es ver de tomar la puerta
y salirme como he entrado,
sin ceremonias ni fiestas;
no me gustan los cumplidos,
estoy mas por la llaneza.
Vámonos. ¿Pero qué es esto? *Viendo el cestillo.*
un canastillo con peras;
y son de Priego. ¡Qué hermosas!
¿Cuántas hay? *(contándolas.)* Media docena
A fé que si corresponden
los hechos á la apariencia
bocado mas exquisito
no es fácil que hallarse pueda.
La boca se me hace agua.

Me volveré por no verlas,
que la tentacion es grave
y son débiles mis fuerzas
para poder resistir
tentaciones tan violentas. *(Se vuelve.)*

ESCENA II.

ANTONIO Y PEDRO.

PEDRO. Me parece que aquí fué
donde el chico de la huerta
dejó el cestillo. Allí está.
Pero tiene un centinela;
tal vez las habrá comprado.

ANTONIO. ¡Ay Antoñillo! Te encuentras
en la misma posicion
en que se pudo hallar Eva
cuando el Diablo...

PEDRO. Si pudiese
entablar...

ANTONIO. ¡Eh! quién se acerca?

PEDRO. Servidor.

ANTONIO. Yo lo soy suyo.
*(Pensé que era una culebra;
pero no, es un culebron
que ya, ya.)*

PEDRO. *(De mi prezencia
se ha prendado.)*

ANTONIO. *(Por lo visto
es el amo de las peras.
Me haré su amigo.)* Celebro
la ocasion que se presenta
de ofrecerle...

PEDRO. *(Pues señor,
me las regala el habieca.)*

ANTONIO. Mi amistad.

PEDRO. *(Ya es otra cosa;
pero por algo se empieza.)*

ANTONIO. ¿Cómo es su gracia de V?
y perdone la franqueza

PEDRO. No hay de que. Perico Perez,
Peribañez y Pereda,
Perez, Peris, y Perales,
y por la línea materna
desciendo de Peranzures
y Perafan de Rivera,
del Conde Don Pero Niño,
los Peralbas y Pereiras

ANTONIO. ¡Oh, peregrinos varones.
de perinclita nobleza,
que en periodos tan distintos
ilustrasteis á la Hesperia!
¿Qué es Periandro á vuestro lado
ni Pericles el de Grecia?
Debeis estar orgulloso
con prosapia tan egregia.
¿Quién como vos ha tenido
familia tan peripuesta?

PEDRO. Ya lo creo: mire V.
en tocando á esa materia
no parto peras con nadie.

ANTONIO. (Ahora sí que la hice buena;
que no parte peras dice:
¡mal haya su parentela!)

PEDRO. (Se ha quedado pensativo
veamos á ver si pega:)
¿Sois natural de este pueblo?

ANTONIO. No señor: yo soy de Espera.

PEDRO. ¿Qué dice V.? Si yo he estado
mucho tiempo en esa tierra.

¿Y cómo os desesperásteis,
es decir salisteis fuera
del país de la esperanza?

ANTONIO Por algunas peripecias,
Mi padre es de Perazaucas,
y mi madre perulera,
mi abuelo nació en Peralta,
y en Peranzanes mi abuela
y como tengo parientes
en Perelló, Riudeperas,
Peramola, Perelada

Peral de Arlanza, Pereña
Pero rubio, Pero miel
Perafita, Peraleda
Peratallada, Peroja...

PEDRO. Hombre, hombre, tengo priesa

ANTONIO. (Qué bárbaro ¡Me despide
por no ofrecerme una pera.)

PEDRO. (¡Qué hermosas son!)

ANTONIO. (¡Cuál las mira!

¿si se pensará ese bestia
que yo me he comido alguna?
Puede ser que se lo crea.)

Mire V. una, dos, tres, cuatro (contándolas:
cinco, seis: media docena.
Cabalitas.

PEDRO. (¿Y á que viene?...

¿Me va acaso á enseñar cuentas?
Pues tenga V. entendido
que ya sé las cuatro reglas.

ANTONIO. (¡Valiente topo!) ¡Es posible!

¿Con que sabeis suma y resta?

PEDRO. Multiplicar y partir.

ANTONIO. ¿Entre dos?

PEDRO. Sí.

ANTONIO. ¡Qué sorpresa!

Para vuestra edad no estais
atrasado en aritmética
Yo tambien me he dado mucho
al estudio de esa ciencia.

¡Cómo me gusta el partir!

¡Y sobre todo las pruebas!

Las pruebas ¡oh! me extasían,
Cuando resuelvo un problema
si me quedo sin probarlo
me desazono de veras.

PEDRO. Lo propio me pasa á mí.

ANTONIO. ¡Qué conformidad de ideas!

Con que ¿si yo propusiese
á usted que me repartiera
seis peras entre dos niños,
no opondría resistencia?

PEDRO. ¿Yo? ¿Por qué? Seis entre dos
cabén á tres.

ANTONIO. Creo que es esa

La solución; mas me aburren
los cálculos, así á secas.

La aritmética mental
fatiga la inteligencia,
y el estómago no saca
provecho ninguno de ella.

Cojamos el canastillo,
para ver si se comprueba
el cociente calculado.

Usté, amigo, no se ofenda
al ver que yo desconfío
porque una cosa no es cierta
hablando á lo matemático,
mientras que no se demuestra.

PEDRO. ¿Yo ofenderme? No por cierto.
Que se demuestre.

ANTONIO. Pues sea.

Aquí están las seis.

PEDRO. Cabales.

ANTONIO. Muy Bien. Pues tome usted esta;
para mí estotra.

PEDRO. Yo creo

que la segunda es mas gruesa.

ANTONIO. Se me figura que usted
no tiene la vista buena,
pues vé lo que está distante
mayor que lo que está cerca.

¿Había yo de escoger
para usted la mas pequeña?

PEDRO. ¿Por qué no?

ANTONIO. No hay que reñir.

Cambie mos.

PEDRO. Guando la deja

no será por nada bueno.

ANTONIO. El buen Perico es un pelma,

PEDRO. Cuidado con propasarse,
por que le pondré las peras
á cuarto.

ANTONIO. ¿Si? Al canastillo
(Que las ponga á como quiera;
que aun á ochavo serán caras
para el que ha semana y media
con gran sentimiento suyo
halla su bolsa desierta.)

PEDRO. (El hombre se me ha enfadado
¡Maldita sea mi viveza!
Veamos de contentarle.)

ANTONIO. No tengo empeño.

PEDRO. Ni yo;

pero, la verdad, sintiera
que hubiese tomado a pechos
lo que no vale la pena.
Francamente ¿se creyó
que iba á darle para peras?

ANTONIO. Lo que creo es que V. es
un necio de siete suelas

¿Quién le ha pedido limosna...?

PEDRO. ¿Que no se haya ido sin ella?
Pues nunca ha sido por falta
de voluntad. Yo quisiera
tener siempre barro á mano
para remediar miserias.

ANTONIO. Ya, ya; sereis fabricante
de ladrillos ó de tejas.

PEDRO. Hombre, el barro es el dinero.

ANTONIO. ¿Y en dónde está la gredera?

PEDRO. No lo sé; pero si acaso
tiene V. noticia de ella
no se le olvide enviarme
por el correo las señas.
Pues como os iba diciendo
soy de tal naturaleza
que cuanto tengo reparto
con el primero que llega.

ANTONIO. Habré sido yo el segundo
con quien V. hoy tropieza

PEDRO. Es que hoy ha sido mal dia;
pero créame ó no me crea

si tuviese en este instante,
tan solamente seis peras
le daba á usted la mitad.
(¿Si entenderá la indirecta?)

ANTONIO A propósito.

PEDRO,

Son mias.

ANTONIO. Lo que dice me recuerda
lo que son todos los hombres:
de generosos se precian
cuando no tienen un cuarto;
pero, si á ser ricos llegan,
entónces todos tambien
son generosos de lengua:
Pero en fin en V. es
un mérito la franqueza.
Otros dicen lo que harian
si tuviesen; V. cuenta
lo que en el caso contrario
ejecutara.

PEDRO.

Hombre, advierta

que yo, lo que haria dije...

ANTONIO. Teniendo solo seis peras,
mas como en lugar de seis
acaso tendrá seiscientas,
mil, un millon,..

PEDRO.

Eche V.

que el hablar nada le cuesta.

No las he visto mas gordas

ANTONIO. Miren la disculpa que echa:
que son gordas ¿y qué gracia
tendria el dar las pequeñas?
cuando uno piense dar algo
dé cosa que se agradezca.

PEDRO.

(Este tiene algo mejor
que ofrecerme, y es simpleza,
porque á mi ese canastillo
es el que el alma me lleva.
Con todo, voy conociendo
que tiene delicadeza
este mozo. Alabaremos
la fruta.)

- ANTONIO. (Si mi elocuencia
le habrá convencido al cabo?
El parece que se queda
pensativo. No hay remedio:
me las como de esta hecha?)
- PEDRO. (Pues es lo que debe hacerse;
adelante con la idea.)
Esta fruta es exquisita
- ANTONIO. ¡Oh! si señor, es soberbia
- PEDRO. ¡Que olor!
- ANTONIO. ¡Qué color!
- PEDRO. ¡Qué formas!
- ANTONIO. Las formas son hechiceras.
- PEDRO. Muy cerquita de una libra
pesará cada una de ellas.
- ANTONIO. Ya lo creo: es cosa digna
del gran Tamorlan de Persia.
- PEDRO. Un regalo como este
pocas veces se presenta
- ANTONIO. ¿Eh?
- PEDRO. Si:
- ANTONIO ¿Y qué?
- PERRO. Váyase al diantre
y guárdese ya las peras.
- ANTONIO. ¿Si? (Pues de fijo no aguardo *(coje el cestillo.*
á que á decirmelo vuelva.)
- PEDRO. (¿Y se las guarda el mezquino!)
V. no tiene conciencia.
- ANTONIO. ¿Y por qué?
- PEDRO. Me oye alabarlas.
Y con todo se las lleva.
Es preciso no tener
sangre cristiana en las venas
para llevarse el cestillo
dejándome á mi por estas.
- ANTONIO. (Este es un loco de atar.)
Tenga el canastillo tenga *(se lo dá)*
- PEDRO. ¿Y de verdad me lo llevo?
- ANTONIO. Haga lo que le parezca
porque no las he probado
y estoy hasta aquí de peras.

PEDRO. Ya ¿V. no las ha comido?

ANTONIO. No me apure la paciencia.
¿Pues no vé que está cabal?

PEDRO. ¿El qué?

ANTONIO. La media docena.

PEDRO. ¿No había usted tomado otras?

ANTONIO. No señor.

PEDRO. Hombre, si hubiera
dicho eso desde el principio.
Vaya, tome.

ANTONIO. ¿Vá de verás? (*Lo coje.*)

PEDRO. Si del infame apetito
tan esclavo usted se muestra
¿qué hacer sino resignarme?

ANTONIO. Esas palabras me afrentan.
No quiero fruta.

PEDRO.

Ni yo.

ANTONIO. Ahí el canastillo queda. (*Dejándole en el banco.*)
(No es mal dolor de barriga
el que el dejarlo me cuesta.)

*Atraviesa el hortelano la escena, coje el cestillo y
vase.)*

PEDRO. Mire V. que el hortelano
el canastillo se lleva.

ANTONIO. ¿Y á mi qué?

PEDRO. ¿Pues no son tuyas?

ANTONIO. ¿Me había de quedar con ellas
para verle á usted llorar
ú oírle decir desvergüenzas?

PEDRO. Pero si las ha comprado
yo no sé por qué las deja.

ANTONIO. ¿Yo comprarlas? No señor:
el estado de mi hacienda
no me permite esos gastos.

PEDRO. ¿Pues entonces cómo era
que V. me las ofrecía?

ANTONIO. ¿Yo ofrecerlas? ¡bueno fuera!
Era V. quien me las daba
como dueño de la huerta.

PEDRO. ¿Con que yo soy propietario?
Ahora si que sale negra,

¿Me ha mirado V. despacio?

ANTONIO. Pues en esa inteligencia
le dirigí la palabra.
¡Qué chasco!

PEDRO. Bien se le emplea
por querer lo que no es suyo.

ANTONIO. ¡Quién tuviera su prudencia!

PEDRO. Sí, los dos hemos quedado
con una nariz de á tercia.
Nada hay que echarnos en cara.

ANTONIO. Entonces vámonos fuera.

PEDRO. Si, vamos, que se hace tarde
y van á cerrar la verja.

(Vanse.)



EL REFRESCO.

ACTORES.

Juan.

Pedro.

Enrique.

Anton.

Niños de trece á catorce años.

El teatro representa una botica.

ESCENA I.

PEDRO Y JUAN.

PEDRO. ¿Te quedas, Juan?

JUAN. ¿Y tú no?

PEDRO. ¿Qué sé yo? indeciso estoy.

JUAN. Pues yo, Pedro, no me voy.

PEDRO. Bien, haré lo mismo yo.

Pero ¿Qué hay?

JUAN. ¿No oíste á D. Pablo?

Una funcion estupenda;
y habrá refresco y merienda.

- PEDRO.** ¿En una botica? ¡Diablo!
- JUAN.** No sabes lo que te dices.
- PEDRO.** Pues aquí que se ha'de hallar
que uno lo pueda tragar
sin taparse las narices?
Yo no veo mas que unguentos,
anodinos ó calmantes,
vomitivos y purgantes,
emplastros y linimentos.
- JUAN.** Calla, Pedro, ¿tú qué sabes?
- PEDRO.** ¿Pues qué hay aquí?
- JUAN.** ¡Toma, toma!
Aquí hay pastillas de goma,
y conservas y jarabes;
se hacen piripis muy lindos,
y refrescos excelentes,
y hay arropes diferentes
y pulpa de tamarindos.
- PEDRO.** Todo eso estará muy bueno,
pero á mí se me figura
que lo que á un enfermo cura
es para el sano veneno;
y no andaría con bromas.
- JUAN.** Ese temor tuyo es mengua;
¿no ves cual dá con la lengua
el mancebo á las redomas?
Esto podrá convencerte....
- PEDRO.** De que es una porquería.
Mira, Juan, el mejor día
vá á despachar agua fuerte,
muy orondo el bote agarra,
y por una distraccion
dá tambien el lameton
y la lengua se achicharra.
- JUAN.** No me ha de pasar á mí
ese chasco fácilmente:
conozco perfectamente
cuanto cacharro hay aquí.
- PEDRO.** ¿Pues qué quieres que te diga?
toda desconfianza es poca
de los que teniendo boca

nos hablan por la barriga.
Y aun esto pase, si al fin
nos digeran lo que sienten,
pero las mas veces mienten,
iras hablarnos en latin.

JUAN. Aqueso es ponderacion,
y sabe que yo quisiera
dedicarme á esta carrera.

PEDRO. Es que tú eres muy gloton.

JUAN. ¿Yo gloton?

PEDRO. Si, tú.

Te engañas.

Hombre, ayer, sin ir mas lejos
rebuscabas trapos viejos
para cambiar por castañas.

Y diciéndote Violante:

¿Vás á meterte á trapero?

Respondiste: No, mas quiero

aprender á comerciante.

Si una carga de verdura

ves por la calle pasar

quieres al punto empezar

á aprender la horticultura.

Todo, Juan, lo anhelas ser

y no hay una ocupacion

á que tengas aversion

siendo en cosas de comer.

Y por fin eres un hombre,

de tanta glotonería

que en el año solo un dia

no reniegas de tu nombre.

JUAN. ¿Cuál es ese?

PEDRO. El de san Juan.

JUAN. Y no me falta razon,

que en él me harlo de jamon

de bistec, rosbif y ilan.

Y que sienta, no es extraño

ser Juan á secas.

PEDRO. Corriente;

ne des llamarte Juan diente

que es santo de todo el año.

- ¡Qué vida entonces tan rica
si buena renta contabas!
¿A que de menos no echabas
estas cosas de botica?
- JUAN. Pues sabe que poco ó nada
he de poder yo si hoy
un buen beso no le doy.
- PEDRO. ¿A quién?
- JUAN. A la miel rosada.
Mas Enrique viene aquí. *(mirando adentro)*
No digas...
- PEDRO. Pierde cuidado.
- JUAN. Si supiera lo que he hablado
desconfiaría de mí.
- PEDRO. Ya se vé, y un sentimiento
muy grande recibirías
viendo que hacer no podías
á la miel un cumplimiento.
- JUAN. Hombre, cállate por Dios.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y ENRIQUE.

- ENRIQUE. Vamos: ¿por fin os quedais?
- JUAN. Sí por cierto.
- ENRIQUE. ¿Y por qué estais
aquí tan solos los dos?
- PEDRO. Ya te íbamos á buscar.
- ENRIQUE. ¡Cuánto te quiero! *(á Pedro)*
- PEDRO. ¿De veras?
- ENRIQUE. Y si tu un favor me hicieras.
- PEDRO. No tienes mas que mandar.
- ENRIQUE. Jamás has dicho que no.
Pues el caso es muy sencillo:
vamos á hacer un pasillo
entre Manuel, Clara y yo.
Clarita lo hará tal cual.
- PEDRO. Bien; como siempre.
- ENRIQUE. Manuel,
como es corto su papel

no debe sacarlo mal.

Pero yo, y, hé aquí el favor
si no me das un ensayo

PEDRO. ¿Haces el papel de payo?

ENRIQUE. Hombre, no, de emperador.

PEDRO. Ya, ya, no es cosa de broma
para quien como tú empieza.

¿Y el título de la pieza
es?...

ENRIQUE. Heleogábalo en Roma

JUAN. Aunque no sé declamar

y mi memoria es infiel

yo haria bien ese papel

en el acto de almorzar.

ENRIQUE. ¿Y sabrias tú fingir

la agonía de un gloton?

PEDRO. ¡Qué magnífica ocasión!

¡Cómo me voy á reír!

Vente conmigo un instante (á Enrique.)

verás tú anhelo cumplido.

ENRIQUE. Es que mi papá ha salido,

y si viene algun marchante.

PEDRO. Si Juan se queda al cuidado

no habrá ninguna desgracia,

porque él es á la farmacia

en extremo aficionado.

ENRIQUE. Sí, y conoce nuestro amigo

los botes mejor que yo.

PEDRO. ¿Te quedas, Juan?

JUAN. ¿Por qué no?

PEDRO. Entonces vente conmigo. (A Enrique.)

ESCENA III.

JUAN SOLO.

Mientras hallan el modelo

de Heleogábalo expirante

tengo yo tiempo bastante

para realizar mi anhelo.

Tomo un vaso. (Lo hace) Está limpito

(Se llega á una redoma y lee).

Sírupus córticum citri.
(La toma y echa un poco en el vaso.)
una onza (coge un bote pequenito y lee.)
Espíritus nitri
dulcis. De aquesto un chorrito.
(Echando unas gotas en el vaso.)
(Cogiendo una redoma de agua y leyendo.)
Acua pura, quantum satis.
(Llena el vaso de agua.)
Misce y bebe (lo mueve todo con una espátula.)
de un tiron (Lo hace)
buena ha estado la pocion
y mejor porque fué grátis.
Si yo boticario fuera
menudeara estas tomas.
A su sitio las redomas;
el bote á la cordialera. (Coloca las redomas
en su sitio.)

¿Y dirá Pedro que yo
no lo entiendo? ¡Habrá cuitado!
El cuerpo se me ha quedado
lo mismito que un reló.

ESCENA IV.

JUAN PEDRO Y ENRIQUE DESPUES ANTON.

PEDRO. ¿Lo has visto? (aparte á Enrique.)

ENRIQUE. No lo creyera
y voy á seguir tu plan
al momento.

PEDRO. (¡Pobre Juan!
¡Vaya un rato que te espera!)

JUAN. ¿Y viste ya ese modelo? (á Enrique.)

ENRIQUE. Allá se quedó chillando;
como que lo están matando
en medio del santo suelo.

JUAN. ¿Matando? ¡Qué desatinol!

ENRIQUE. Segun como se interprete.
El verdugo era Pepete,
y la víctima un cochino.

Pedro quiso chasquearme.

JUAN. Eso no ha sido bien hecho.

ENRIQUE. Pero yo estoy satisfecho porque promete ensayarme.

PEDRO. Con que vamos á empezar no principie á venir gente.

ENRIQUE. Antes será conveniente que nos den de refrescar.

JUAN. No me opongo.

PEDRO. Yo tampoco.

ENRIQUE. Anton, *(Llamando adentro.)*
tráete esa batea. *(á Anton que sale.)*

PEDRO. ¡Y cómo se tambalea! *(mirando á Anton que se va.)*

ENRIQUE. El pobre está medio loco, y no hay para él medicina.

PEDRO. ¿Pues qué diablos le ha pasado?

ENRIQUE. ¡Toma! que se ha envenenado.

JUAN. ¿Con qué?

ENRIQUE. Con tragacantina.

JUAN. Jamás ese nombre oí.

ENRIQUE. Mirale aquí hay medio litro. *(Tomando el tarro pequeño.)*

JUAN. ¿No es ese el bote del nitro?

ENRIQUE. Lo fué.

JUAN. *(¿Qué será de mi?)*

ENRIQUE. Aqueste es un adelanto debido á Monsiur Pascal; un álcali vegetal sacado del tragacanto.

JUAN. Pero esa tragacantina ¿qué es lo que hace?

ENRIQUE. Poca cosa; al principio es muy gustosa

JUAN. ¿Y despues?

ENRIQUE. Dá hambre canina.

PEDRO. Pero algun remedio habrá.

ENRIQUE. Ninguno, la sepultura.

JUAN. ¡Ay! á mí se me figura que me empieza el hambre ya.

¿Que es lo que yo llegué á hacer?

ENRIQUE. Y lo peor que aquí se nota

INSTRUCCION Y EDUCACION.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS.

COLECCION

DE

JUGUETES DRAMÁTICOS

EN VERSO,

por

D. JOSÉ MARÍA LA-CORT,

Director

de la Escuela Normal Superior de Valladolid.

SEGUNDA PARTE.

VALLADOLID:

Imprenta, Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y EL INSTITUTO.

1865.

INSTRUCCION Y EDUCACION

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

COLECCION

JUGUETES DRAMATICOS

EN VERSO

D. JOSÉ MARIA LA-CORTE

BRUNDA PAPER

1883

EL SUEÑO.

ACTORES.

Pablo.

El Marqués de los Ajos.

El conde de la Sardina.

El baron de Rompe y Rasga.

El duque de la Galleta.

Niños de doce años.

El teatro representa una salita pobre con una alcoba al foro, dentro una cama.

ESCENA I.

PABLO SOLO.

PABLO. Voy á perder el juicio
pues terminó el plazo ya
que me diera mi papá
para escoger un oficio.
¿Y qué habré de responder?
Mientras mas vueltas le doy
aun mas indeciso estoy,

menos sé qué debo hacer.
Aunque á decir la verdad,
vengo á pecar en sustancia
mas bien que por ignorancia
por falta de voluntad.

El trabajo duro y recio
sin embargo no me asusta,
lo que á mi mas me disgusta
es el general desprecio.

¿Por qué el rico al menestral
trata con tanta altivez?

¿Es una infamia tal vez
el trabajo manual?

Si bien niño á mi conciencia
lo contrario no se esconde,
pero el mundo me responde
con sarcástica insolencia.

Por fuerza he de decidir
antes que acabe la tarde,

La cabeza se me arde.

Si consiguiese dormir. (*Se echa en la cama.*)

Tal vez luego con mas calma
pudiera al fin resolver

y á aquel padre complacer

á quien.... quiero.... con el alma. (*Se duerme.*)

Durante los últimos cuatro versos cambia la decoración con lentitud en una selva con una choza al foro, dentro de la cual y echado en la cama queda Pablo; á la izquierda del espectador aparece el baron vestido de pieles.

ESCENA II.

PABLO Y EL BARON.

PABLO.

¿Qué es aquesto Gran Dios?

No hace un momento
me parece que estaba en mi aposento;

¿Quién aquí con mi lecho me ha traído?

BARON.

Broma de alguna chinche acaso ha sido.

PABLO. ¿El poder de un insecto á tanto llega? (*Se levanta*)

BARON. Ya lo creo, y á mas, si era gallega.

PABLO. Pero en fin ¿dónde estoy? pues yo lo ignoro.

BARON. Te encuentras entre Pinto y Valdemoro.

PABLO. ¿Y esta choza?

BARON. Amiguito, mas despacio;
eso que llamas choza es mi palacio.

PABLO. Nunca los ví de tal arquitectura.

BARON. ¿Y has visto tú barones de esta hechura?

PABLO. No por cierto, y así dudoso estoy.

BARON. Pues el baron de Rompe y Rasga soy.

PABLO. Muy meneguada estará la baronía.

BARON. Cuanta tierra descubres toda es mia.

PABLO. Pero está sin cultivo.

BARON. ¡Majadero!

¿la habia de labrar un caballero?

PABLO. ¿Por qué no la arrendais?

BARON. Si así lo hiciera
otro tal vez la renta se comiera.

¿A cuánto mayordomo no se mira
que mientras su amo de miseria espira
enriquece y engorda?

PABLO. Si eso es todo
pudierais arregarlo de otro modo
vuestros bienes vos mismo administrando.

BARON. Muy digna ocupacion me ibas buscando.

¿Qué digeran Roldan y Calaños

si vieran al mayor de los sobrinos

del yerno de la prima del aguado

de la suegra del hijo del cuñado

de aquel rey que segun la gente sabía

Perico se llamó y murió de rabia,

qué digeran al verlo ajustar cuentas

y firmar los recibos de las rentas?

Trabajar de esa suerte por el oro

no es cosa conveniente á mi decoro.

PABLO. ¿De qué vivis entonces?

BARON. ¿Pues no notas

las encinas cargadas de bellotas?

Los bichos que se mueren ya de viejos

acostumbran legarme sus pellejos;

y así á mi plato y á mi cofre acudo.

PABLO. Y nunca hartos os vereis, siempre desnudo.

BARON. ¿Y qué quieres? No es bien que yo trabaje.

PABLO. Pero aqueso es vivir como un salvaje:

No sé que nombre dar á esa nobleza

que encuentra aun en lo mas indiferente

motivo de rubor, y así consiente

vivir en la inaccion y la pobreza.

Pues si nos obligó naturaleza,

y si al hombre ordenó el Omnipotente

que el sudor derramase de su frente,

¿cómo puede el trabajo ser vileza?

Imposible es con ánimo sereno,

observar ¡oh baron! tanto idiotismo

y á mi pesar de indignacion me lleno.

Vuestro orgullo es peor que el egoísmo:

por no ser para nadie útil ni bueno

ni aun siquiera lo sois para vos mismo.

BARON. ¿Sabes que sacudes fuerte?

mas, chico, no me incomodo.

En la nobleza hay de todo:

si yo opino de esta suerte,

muchos piensan de otro modo.

Ahora los verás.

PABLO. ¿En dónde?

BARON. Hacia aquí se acercan tres: (*señalando adentro.*)

el de en medio un duque es,

el de la derecha un conde,

y el otro en fin un marqués.

PABLO. Eso es casi un aluvion.

BARON. Pues sabe aunque no te importe

que es aqueso peloton

un sexto de la irrupcion

de los bárbaros del Norte.

Creo que vienen á buscarte,

con ellos voy á dejarte.

PABLO. ¿Téneis que hacer?

BARON. Yo jamás.

¿Pues á dónde vais? Dirás,

con la música á otra parte. (*Vase.*)

ESCENA III.

PABLO, EL MARQUES, EL DUQUE Y EL CONDE.

DUQUE. Bien venido, amigo Pablo.

PABLO. ¿Me conocéis?

DUQUE. Claro está

que á no conocerte ya
¿te nombrára cuando te hablo?

PABLO. Si me conocéis á mí
en lo cual recibo honor
declaradme por favor
cómo es que me encuentro aquí.

MARQ. El duque de la Galleta
sabe lo que ha sucedido.

DUQUE. Sí; cabalgando has venido
en la pluma de un poeta.

PABLO. Eso es magia.

CONDE. Puede ser;

pero yo la llamaría
no magia, majadería
de quien no tiene que hacer.
¡Poetas! Librenos de ellos
Dios; pues el propio que á tí
nos hace venir aquí
traidos por los cabellos.

MARQ. Pero el irnos á juntar
es casi una impertinencia
teniendo tal diferencia
nuestro modo de pensar.

DUQUE. Con todo, aunque tan opuestos
fuimos siempre en opiniones,
discutimos con razones,
nunca jamás con denuestos.
Siento que no esté el baron.

MARQ. ¡Valiente calamidad!

DUQUE. Es que suele la verdad
brotar de la discusión.

PABLO. Si no temiera en tal punto
el llegar á molestaros

- habria de consultaros
acerca de cierto asunto.
- DUQUE.** Sé lo que quieres decir,
y es facil de resolver
si admites que es menester
trabajar para vivir.
- PABLO.** Si hubiese de ello tenido
duda en alguna ocasion
despues que he visto al baron
se hubiera desvanecido.
- MARQ.** ¿Cuánto vá a que te parecen
en extremo repugnantes
las distinciones chocantes
que los hombres establecen?
Si de un padre procedemos
y si nobles y villanos
somos sin disputa hermanos
¿por qué iguales no seremos?
- DUQUE.** Te acaloras sin razon:
que así el pastor como el rey
ante Dios y ante la ley
no hay duda que iguales son.
¿Mas fuera justificado
dispensar igual aprecio
lo mismo al sábio que al necio
y al bueno como al malvado?
- CONDE.** Bien está ver preferidas
la ciencia y la probidad
¿mas por qué la utilidad
que reportamos olvidas?
¿Quién habrá tan mentecato
que no sepa que en rigor
nos fué siempre el labrador
mas útil que el literato?
¿Pues por qué con mas decoro
tratas á aqueste? Eso es yerro.
- DUQUE.** Siendo mas útil el hierro
¿por qué vale mas el oro?
- CONDE.** Muy sencilla es la respuesta:
es mas fácil de esplotar
el hierro.

DUQUE.

¿Y el cultivar,
el talento nada cuesta?

MARQ.

¿Y puedes ver con paciencia
que unos pocos se enriquecen
mientras que tantos perecen
víctimas de la indigencia?

DUQUE.

A ningún pecho sensible
eso pudiera agradar;
mas llegarlo a remediar,
por ahora es imposible.

CONDE.

Tal dificultad no veo.

DUQUE.

¿Quieres nivelarnos, conde?

CONDE.

Acaso.

DUQUE.

No sabes donde
te conduce tu deseo.

¿Pobres ya no se verán
si haces a todos señores?

CONDE.

Serán todos labradores.

DUQUE.

Y tambien pobres serán;
y aun mucho mas que en el dia
en esa edad que creyó
de oro tu mente y que yo
de barbarie llamaria.

Entonces tú te curaras,
y tus vestidos tejieras,
tu habitacion construyeras
y tus arados forjaras.

Sin remedio, en caso tal
tendrias que hacerlo todo;
pero, conde ¿de qué modo?

CONDE.

Seguramente muy mal.

DUQUE.

No pienso haya quien quisiera
vivir de esa suerte hoy dia.

MARQ.

Pero di, ¿no se podria
arreglar de otra manera?

DUQUE.

En el hecho de querer
borrar toda distincion
toda noble aspiracion
se viera desaparecer.

¿Quién espondria gustoso
por la patria su existencia?

- ¿los arcanos de la ciencia
quién apurara estúdioso?
¿De una penosa labor
quién encargarse querría
cuando de ello no podía
sacar provecho ni honor?
- MARQ. ¿Con que según eso en vano
es atreverse á esperar
que pueda al fin mejorar
de suerte el género humano?
- DUQUE. Creo que nunca los mortales
dejarán de padecer,
pero pueden á mi ver
amenguar algo sus males.
Para esto, Marqués amado
no necesitas gran ciencia:
vive en paz con tu conciencia,
y conforme con tu estado.
- MARQ. ¿Con que debo estacionarme
y renunciar al progreso?
- DUQUE. No, Marques, nada de eso.
Ten la bondad de escucharme:
Todo aquel tiempo que la vida dura
es el mismo también que nos da el cielo
para buscar y hallar nuestra ventura;
Y aunque infinitas veces este anhelo
que en nuestro corazón puso natura
no llegue á realizarse acá en el suelo
buscando el bienestar mientras vivimos
es un deber sagrado el que cumplimos.
Y aunque es larga y penosa la carrera
puede acabarla el ánimo constante
mas será necesidad la del que quiera
al término llegar en un instante;
Y necesidad mayor si desespera
y en su vida dá un paso hacia adelante:
Al primero le pierde la osadía
y envilece al segundo su apatía.
Del mundo el mecanismo prodigioso
nos dá sabias lecciones á este intento:
nada se encuentra en él que esté en reposo;

todo se hallan en continuo movimiento,
 y si el hombre bastante poderoso
 para alterarlo fuese, en el momento
 que de su marcha un ápice cambiara
 tal vez el universo desquiciara.

¿Mas quién se acercá?

ESCENA IV

LOS MISMOS Y EL BARON

BARON.

¿Qué es, Baron lo que te aterra?

CONDE.

¡Ay amigos!

BARON.

Doscientos mil enemigos

que han entrado en nuestra tierra.

Hacia aquí vienen armados

no con fusil, ni escopeta,

ni con cañones rayados,

sable, lanza ó bayoneta,

sino con sierras, formones,

alambiques, prensas, hornos,

picos, palas, azadones,

garruchas cabrias y tornos;

mazos, buriles, cinceles,

telares, devanaderas,

libros, paletas, pinceles,

molinillos y tijeras;

Todo en aquesta invasion

lo vuelven de arriba abajo.

DUQUE.

¿Y quién los manda, Baron?

BARON.

El talento y el trabajo.

MARQ.

¡Muy buenos gefes!

BARON.

¿Te gustan?

MARQ.

¿Y tu lo estrañas?

BARON.

Si á fé,

Porque á mí, Marqués, me asustan,

y me horrorizan.

MARQ.

¿Por qué?

BARON.

Al pensar que cerca están,

siento ya mortal calambre,

pues diz que no hay holgazan

- á quien no maten de hambre! es todo
CONDE. Pues á trabajar con brio: *La cuestion es muy sencilla.*
- BARON. Verdad, pero, amigo mio, *Reparad cual se aproxima*
no me deja la costilla. *aquesa hueste invasora.*
Ya les tenemós encima
mirad la locomotora.
- DUQUE. Pues yo ya me decidí:
y veloz marchó á encontrarlos.
- BARON. Qué vas hacer? ¡Ay de ti!
¿Vas á lidiar? *No; á abrazarlos.*
- DUQUE. *Siganme los que quisieren*
eternizar su memoria
y en su corazon sintieren
una ardiente sed de gloria.
Al trabajo nos lancemos
dejando el orgullo insano
y con ardor trabajemos
en pro del género humano.
El laurel que antiguamente
al valor se diera solo
hace tambien en la frente
de las Musas y de Apolo.
Y aun exceden á mi ver
al invicto Macedon
Fúlton, Amalfi, Genner
Gutemberg, Volta, y Colon.
- MARQ. Di qué oficio elegirás?
para imitarte nosotros.
- DUQUE. Cualquiera; el que sirva mas
al bienestar de los otros,
ni siempre elegir podremos.
marqués, á nuestro alvedrío.
- CONDE. Pues marchemos.
- TODO. *menos el Baron* Si marchemos.

(*Vanse el Duque, el Conde y el Marqués; Pablo vá á seguirlos y le detiene el Baron.*)

ESCENA V.

EL BARON Y PABLO.

BARON. Espérate, amigo mio.

PABLO. Ved, que los otros se alejan.

BARON. Quédate.

PABLO. Yo no me quedo.

BARON. Pero si todos me dejan
voy á morirme de miedo.

Ya se acerca el enemigo.

PABLO. Vamos, soltadme.

BARON. No, Pablo,
ven á esconderte conmigo.

PABLO. Eso no.

BARON. Ven, ¡voto al diablo!

• *(Mete por fuerza á Pablo en la cabaña, lo arroja en el lecho y se oculta. Cambia de decoracion y aparece la misma salita que al principio.)*

ESCENA VI.

PABLO SOLO.

PABLO. Es inútil tal empeño *(Soñando)*
y á pesar vuestro me voy. *(Levantáse.)*

Mas ¿que es esto? ¿donde estoy?

¿si habrá sido todo un sueño?

Aquesta es mi habitacion;

y sin embargo yo estaba....

Vamos, sin duda soñaba....

Pero, cielos, ¡qué leccion!

Mi espíritu hace poco confundido
entre mil y mil dudas ha aprendido
que solo es degradante la pobreza
cuando la causa el vicio ó la pereza;
que la crueldad, la sórdida avaricia,

la adulacion servil y la injusticia
á los hombres deshonoran y envilecen,
y que ciencia y virtud los ennoblecen;
que el trabajo derrama por do quiera
el bienestar, la dicha verdadera;
y que si en fin la sociedad lo esquiva
volverá á la barbarie primitiva.
Ya de aqui en adelante si ligero
al hablarse del pobre jornalero
á nuestra sociedad alguno trata
de inicua, ó de cruel, ó bien de ingrata
sabré que debo darle por respuesta
que el sábio aprecia mas lo que mas cuesta.
Mas quién viene hacia aqui? (*Mira adentro.*)
Es mi padre amado,
Corro á encontrarle; y pues que ya he lanzado
toda vacilacion del alma mia
el me aconsejará y desde este dia
por su saber guiado y su ternura
buscaré en el trabajo mi ventura.

ESCEÑA VI.



LAS PERAS.

ACTORES.

Antonio.

Pedro.

Un hortelano, que no habla.

El teatro representa una arboleda con varios frutales, en medio un banco de piedra y encima un cestillo con peras.

ESCENA I.

ANTONIO SOLO.

ANTON. ¡Canario! ¡que bueno es esto!
¡cuanta fruta! Si no fuera
por temor de que me viesén
me había de dar una buena
¡Pero qué digo? Dislates:
pues aunque nadie me vea
yo no debo coger nada
pues no es mia la arboleda
y fuera un hurto tomar
lo que el dueño no me ofrezca.

¿El dueño? si le encontrase
le pediria licencia....
no, primero suplicara
dispensase el que sin ella
como Pedro por su casa
me colara per la verja.
Le daria mis excusas
diciendo que á puerta abierta
peca el justo... Mas no, no,
que si tal disculpa diera
el dueño replicaria:
¿Con que tú sabes que pecas?
pues tambien debes saber
y la doctrina lo enseña
que no alcanza el pecador
el perdon sin penitencia.
No seria mala fruta,
la que acaso me ofreciera.
A buen librar me sacaba
cojido de la oreja,
y al fin para despedirme
me arrimaba una puntera
ó me daba un pescozon
así á modo de advertencia
y me dejaba en la calle
mas maduro que una breva.
Lo mas seguro de todo
es ver de tomar la puerta
y salirme como he entrado,
sin ceremonias ni fiestas;
no me gustan los cumplidos,
estoy mas por la llaneza.
Vámonos. ¿Peró qué es esto? *Viendo el cestillo.*
un canastillo con peras;
y son de Priego. ¡Qué hermosas!
¿Cuántas hay? *(contándolas.)* Media docena
A fé que si corresponden
los hechos á la apariencia
bocado mas exquisito
no es fácil que hallarse pueda.
La boca se me hace agua.

Me volveré por no verlas, *(Se vuelve.)*
que la tentacion es grave
y son débiles mis fuerzas
para poder resistir
tentaciones tan violentas.

ESCENA II.

ANTONIO Y PEDRO.

PEDRO. Me parece que aqui fué
donde el chico de la huerta
dejó el cestillo. Allí está.
Pero tiene un centinela;
tal vez las habrá comprado.

ANTONIO. ¡Ay Antoñillo! Te encuentras
en la misma posicion
en que se pudo hallar Eva
cuando el Diablo...

PEDRO. Si pudiese
entablar...

ANTONIO. ¡Eh! quién se acerca?

PEDRO. Servidor.

ANTONIO. Yo lo soy suyo.
*(Pensé que era una culebra;
pero no, es un culebron
que ya, ya.)*

PEDRO. *(De mi presencia
se ha prendado.)*

ANTONIO. *(Por lo visto
es el amo de las peras.
Me haré su amigo.)* Celebro
la ocasion que se presenta
de ofrecerle...

PEDRO. *(Pues señor,
me las regala el babioca.)*

ANTONIO. Mi amistad.

PEDRO. *(Ya es otra cosa;
pero por algo se empieza.)*

ANTONIO. ¿Cómo es su gracia de V?
y perdone la franqueza

PEDRO. No hay de que. Perico Perez,
Peribañez y Pereda,
Perez, Peris, y Perales,
y por la línea materna
desciendo de Peranzures
y Perafan de Rivera,
del Conde Don Pero Niño,
los Peralbas y Pereiras

ANTONIO. ¡Oh, peregrinos varones.
de perinclita nobleza,
que en periodos tan distintos
ilustrasteis á la Hesperia!
¿Qué es Periandro á vuestro lado
ni Pericles el de Grecia?
Debeis estar orgulloso
con prosapia tan egregia.
¿Quién como vos ha tenido
familia tan peripuesta?

PEDRO. Ya lo creo: mire V.
en tocando á esa materia
no parto peras con nadie.

ANTONIO. (Ahora si que la hice buena;
que no parte peras dice:
¡mal haya su parentela!)

PEDRO. (Se ha quedado pensativo
veamos á ver si pega:)
¿Sois natural de este pueblo?

ANTONIO. No señor: yo soy de Espera.

PEDRO. ¿Qué dice V.? Si yo he estado
mucho tiempo en esa tierra.

¿Y cómo os desesperásteis,
es decir salisteis fuera
del pais de la esperanza?

ANTONIO Por algunas peripecias,
Mi padre es de Perazaucas,
y mi madre perulera,
mi abuelo nació en Peralta,
y en Peranzanes mi abuela
y como tengo parientes
en Perelló, Riudeperas,
Peramola, Perelada

Peral de Arlanza, Pereña
Pero rubio, Pero miel
Perafita, Peraleda
Peratallada, Peroja...

PEDRO. Hombre, hombre, tengo prisa

ANTONIO. ¿Qué bárbaro ¡Me despide
por no ofrecerme una pera.)

PEDRO. ¡Qué hermosas son!

ANTONIO. ¡Cuál las mira!

¿si se pensará ese bestia
que yo me he comido alguna?
Puede ser que se lo crea.)

Mire V. una, dos, tres, cuatro (*contándolas:*
cinco, seis: media docena.
Cabalitas.

PEDRO. ¿Y á que viene?...

¿Me va acaso á enseñar cuentas?
Pues tenga V. entendido
que ya sé las cuatro reglas.

ANTONIO. ¡Valiente topo! ¡Es posible!

¿Con que sabeis suma y resta?

PEDRO. Multiplicar y partir.

ANTONIO. ¿Entre dos?

PEDRO. Sí.

ANTONIO. ¡Qué sorpresa!

Para vuestra edad no estais
atrasado en aritmética

Yo tambien me he dado mucho
al estudio de esa ciencia.

¿Cómo me gusta el partir!

¡Y sobre todo las pruebas!

Las pruebas ¡oh! me extasían,

Cuando resuelvo un problema

si me quedo sin probarlo

me desazono de veras.

PEDRO. Lo propio me pasa á mí.

ANTONIO. ¿Qué conformidad de ideas!

Con que si yo propusiese

á usted que me repartiera

seis peras entre dos niños,

no opondria resistencia?

PEDRO. ¿Yo? ¿Por qué? Seis entre dos
caben á tres.

ANTONIO. Creo que es esa
La solucion; mas me aburren
los cálculos, así á secas.
La aritmética mental
fatiga la inteligencia,
y el estómago no saca
provecho ninguno de ella.
Cojamos el canastillo,
para ver si se comprueba
el cociente calculado.
Usté, amigo, no se ofenda
al ver que yo desconfío
porque una cosa no es cierta
hablando á lo matemático,
mientras que no se demuestra.

PEDRO. ¿Yo ofenderme? No por cierto.
Que se demuestre.

ANTONIO. Pues sea.
Aquí están las seis.

PEDRO. Cabales.

ANTONIO. Muy Bien. Pues tome usted esta;
para mí estotra.

PEDRO. Yo creo
que la segunda es mas gruesa.

ANTONIO. Se me figura que usted
no tiene la vista buena,
pues vé lo que está distante
mayor que lo que está cerca.
¿Habia yo de escoger
para usted la mas pequeña?

PEDRO. ¿Por qué no?

ANTONIO. No hay que reñir.
Cambiemos.

PEDRO. Guando la deja
no será por nada bueno.

ANTONIO. El buen Perico es un pelma,

PEDRO. Cuidado con propasarse,
por que le pondré las peras
á cuarto.

ANTONIO. ¿Si? Al canastillo
(Que las ponga á como quiera;
que aun á ochavo serán caras
pará el que ha semana y media
con gran sentimiento suyo
halla su bolsa desierta.)

PEDRO. (El hombre se me ha enfadado
¡Maldita sea mi viveza!
Veamos de contentarle.)
Con que ¿sacamos la prueba?

ANTONIO. No tengo empeño.

PEDRO. Ni yo;

pero, la verdad, sintiera
que hubiese tomado a pechos
lo que no vale la pena.
Francamente ¿se creyó
que iba á darle para peras?

ANTONIO. Lo que creo es que V. es
un necio de siete suelas

¿Quién le ha pedido limosna...?

PEDRO. ¿Que no se haya ido sin ella?
Pues nunca ha sido por falta
de voluntad. Yo quisiera
tener siempre barro á mano
para remediar miserias.

ANTONIO. Ya, ya; sereis fabricante
de ladrillos ó de tejas.

PEDRO. Hombre, el barro es el dinero.

ANTONIO. ¿Y en dónde está la gredera?

PEDRO. No lo sé; pero si acaso
tiene V. noticia de ella
no se le olvide enviarme
por el correo las señas.

Pues como os iba diciendo
soy de tal naturaleza
que cuanto tengo reparto
con el primero que llega.

ANTONIO. Habré sido yo el segundo
con quien V. hoy tropieza

PEDRO. Es que hoy ha sido mal día;
pero créame ó no me crea

si tuviese en este instante,
tan solamente seis peras
le daba á usted la mitad.
(¿Si entenderá la indirecta?)

ANTONIO A propósito.

PEDRO, Son mias.
ANTONIO. Lo que dice me recuerda
lo que son todos los hombres:
de generosos se precian
cuando no tienen un cuarto;
pero, si á ser ricos llegan,
entónces todos tambien
son generosos de lengua:
Pero en fin en V. es
un mérito la franqueza.
Otros dicen lo que harian
si tuviesen; V. cuenta
lo que en el caso contrario
ejecutara.

PEDRO. Hombre, advierta

que yo, lo que haria dije...
ANTONIO. Teniendo solo seis peras,
mas como en lugar de seis
acaso tendrá seiscientas,
mil, un millon,...

PEDRO. Eche V.

que el hablar nada le cuesta.
No las he visto mas gordas
ANTONIO. Miren la disculpa que echa:
que son gordas ¿y qué gracia
tendria el dar las pequeñas?
cuando uno piense dar algo
dé cosa que se agradezca.

PEDRO. (Este tiene algo mejor
que ofrecerme, y es simpleza,
porque á mi ese canastillo
es el que el alma me lleva.
Con todo, voy conociendo
que tiene delicadeza
este mozo. Alabaremos
la fruta.)

- ANTONIO. (Si mi elocuencia le habrá convencido al cabo? El parece que se queda pensativo. No hay remedio: me las como de esta hecha?)
- PEDRO. (Pues es lo que debe hacerse; adelante con la idea.)
Esta fruta es exquisita
- ANTONIO. ¡Oh! si señor, es soberbia
- PEDRO. ¡Que olor!
- ANTONIO. ¡Qué color!
- PEDRO. ¡Qué formas!
- ANTONIO. Las formas son hechiceras.
- PEDRO. Muy cerquita de una libra pesará cada una de ellas.
- ANTONIO. Ya lo creo: es cosa digna del gran Tamorlan de Persia.
- PEDRO. Un regalo como este pocas veces se presenta
- ANTONIO. ¿Eh?
- PEDRO. Si:
- ANTONIO. ¿Y qué?
- PEDRO. Váyase al diantre y guárdese ya las peras.
- ANTONIO. ¿Sí? (Pues de fijo no aguardo *(coje el cestillo)* á que á decírmelo vuelva.)
- PEDRO. (¿Y se las guarda el mezquino!)
V. no tiene conciencia.
- ANTONIO. ¿Y por qué?
- PEDRO. Me oye alabarlas.
Y con todo se las lleva.
Es preciso no tener sangre cristiana en las venas para llevarse el cestillo dejándome á mi por estas.
- ANTONIO. (Este es un loco de atar.)
Tenga el canastillo tenga *(se lo dá)*
- PEDRO. ¿Y de verdad me lo llevo?
- ANTONIO. Haga lo que te parezca porque no las he probado y estoy hasta aquí de peras.

PEDRO. Ya ¿V. no las ha comido?

ANTONIO. No me apure la paciencia.
¿Pues no vé que está cabal?

PEDRO. ¿El qué?

ANTONIO. La media docena.

PEDRO. ¿No habia usted tomado otras?

ANTONIO. No señor.

PEDRO. Hombre, si hubiera
dicho eso desde el principio.
Vaya, tome.

ANTONIO. ¿Vá de verás? (*Lo coje.*)

PEDRO. Si del infame apetito
tan esclavo usted se muestra
¿qué hacer sino resignarme?

ANTONIO. Esas palabras me afrentan.
No quiero fruta.

PEDRO.

Ni yo.

ANTONIO. Ahí el canastillo queda. (*Dejándole en el banco.*)
(No es mal dolor de barriga
el que el dejarlo me cuesta.)

*Atraviesa el hortelano la escena, coje el cestillo y
vase.)*

PEDRO. Mire V. que el hortelano
el canastillo se lleva.

ANTONIO. ¿Y á mí qué?

PEDRO. ¿Pues no son tuyas?

ANTONIO. ¿Me habia de quedar con ellas
para verle á usted llorar
ú oírle decir desvergüenzas?

PEDRO. Pero si las ha comprado
yo no sé por qué las deja.

ANTONIO. ¿Yo comprarlas? No señor:
el estado de mi hacienda
no me permite esos gastos.

PEDRO. ¿Pues entonces cómo era
que V. me las ofrecia?

ANTONIO. ¿Yo ofrecerlas? ¡bueno fuera!
Era V. quien me las daba
como dueño de la huerta.

PEDRO. ¿Con que yo soy propietario?
Ahora si que sale negra,

¿Me ha mirado V. despacio?

ANTONIO. Pues en esa inteligencia
le dirigí la palabra.
¡Qué chasco!

PEDRO. Bien se le emplea
por querer lo que no es suyo.

ANTONIO. ¡Quién tuviera su prudencia!

PEDRO. Sí, los dos hemos quedado
con una nariz de á terciá.
Nada hay que echarnos en cara.

ANTONIO. Entonces vámonos fuera.

PEDRO. Si, vamos, que se hace tarde
y van á cerrar la verja.

(Vanse.)



EL REFRESCO.

ACTORES.

Juan.

Pedro.

Enrique.

Anton.

} Niños de trece á catorce años.

El teatro representa una botica.

ESCENA I.

PEDRO Y JUAN.

PEDRO, ¿Te quedas, Juan?

JUAN. ¿Y tú no?

PEDRO. ¿Qué sé yo? indeciso estoy.

JUAN. Pues yo, Pedro, no me voy.

PEDRO. Bien, haré lo mismo yo.

Pero ¿Qué hay?

JUAN. ¿No oíste á D. Pablo?

Una funcion estupenda;
y habrá refresco y merienda.

- PEDRO.** ¿En una botica? ¡Diablo!
- JUAN.** No sabes lo que te dices.
- PEDRO.** Pues aquí que se ha de hallar
que uno lo pueda tragar
sin taparse las narices?
Yo no veo mas que unguentos,
anodinos ó calmantes,
vomitivos y purgantes
emplastros y linimentos.
- JUAN.** Calla, Pedro, ¿tú qué sabes?
- PEDRO.** ¿Pues qué hay aquí?
- JUAN.** ¡Tóma; toma!
Aquí hay pastillas de goma,
y conservas y jarabes;
se hacen piripis muy lindos,
y refrescos excelentes,
y hay arropes diferentes
y pulpa de tamarindos.
- PEDRO.** Todo eso estará muy bueno,
pero á mi se me figura
que lo que á un enfermo cura
es para el sano veneno;
y no andaría con bromas.
- JUAN.** Ese temor tuyo es mengua;
¿no ves cual dá con la lengua
el mancebo á las redomas?
Esto podrá convencerte....
- PEDRO.** De que es una porquería.
Mira, Juan, el mejor día
vá á despachar agua fuerte,
muy orondo el bote agarra,
y por una distraccion
dá tambien el lameton
y la lengua se achicharra.
- JUAN.** No me ha de pasar á mi
ese chasco fácilmente:
conozco perfectamente
cuanto cacharro hay aquí.
- PEDRO.** ¿Pues qué quieres que te diga?
toda desconfianza es poca
de los que teniendo boca

nos hablan por la barriga.
Y aun esto pase, si al fin
nos digeran lo que sienten,
pero las mas veces mienten
tras hablarnos en latin.

JUAN. Aqueso es ponderacion,
y sabe que yo quisiera
dedicarme á esta carrera.

PEDRO. Es que tú eres muy gloton.

JUAN. ¿Yo gloton?

PEDRO.

Si, tú.

Te engañas,

Hombre, ayer, sin ir mas lejos
rebuscabas trapos viejos
para cambiar por castañas.

Y diciéndote Violante:

¿Vás á meterte á traperero?

Respondiste: No, mas quiero
aprender á comerciante.

Si una carga de verdura
ves por la calle pasar
quieres al punto empezar
á aprender la horticultura.

Todo, Juan, lo anhelas ser
y no hay una ocupacion
á que tengas aversion
siendo en cosas de comer.

Y por fin eres un hombre,
de tanta glotoneria
que en el año solo un dia
no reniegas de tu nombre.

JUAN. ¿Cuál es ese?

PEDRO.

El de san Juan.

JUAN.

Y'no me falta razon,
que en él me harto de jamon
de bistec, rosbif y flan.

Y que sienta, no es estraño
ser Juan á secas.

PEDRO.

Corriente;

uedes llamarte Juan diente
que es santo de todo el año.

¡Qué vida entonces tan rica
si buena renta contabas!
¿A que de menos no echabas
estas cosas de hotica?

JUAN. Pues sabe que poco ó nada
he de poder yo si hoy
un buen beso no le doy.

PEDRO. ¿A quién?

JUAN. A la miel rosada.

Mas Enrique viene aquí. *(mirando adentro)*
No digas...

PEDRO. Pierde cuidado.

JUAN. Si supiera lo que he hablado
desconfiaria de mí.

PEDRO. Ya se vé, y un sentimiento
muy grande recibirias
viendo que hacer no podias
á la miel un cumplimento.

JUAN. Hombre, cállate por Dios.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y ENRIQUE.

ENRIQUE. Vamos: ¿por fin os quedais?

JUAN. Sí por cierto.

ENRIQUE. ¿Y por qué estais
aquí tan solos los dos?

PEDRO. Ya te íbamos á buscar.

ENRIQUE. ¡Cuánto te quiero! *(á Pedro)*

PEDRO. ¿De veras?

ENRIQUE. Y si tu un favor me hicieras.

PEDRO. No tienes mas que mandar.

ENRIQUE. Jamás has dicho que no.
Pues el caso es muy sencillo:
vamos á hacer un pasillo
entre Manuel, Clara y yo.
Clarita lo hará tal cual.

PEDRO. Bien; como siempre.

ENRIQUE. Manuel,
como es corto su papel,

no debe sacarlo mal.

Pero yo, y, hé aquí el favor
si no me das un ensayo

PEDRO. ¿Haces el papel de payo?

ENRIQUE. Hombre, no, de emperador.

PEDRO. Ya, ya, no es cosa de broma
para quien como tú empieza.
¿Y el título de la pieza
es?...

ENRIQUE. Heleogábalo en Roma

JUAN. Aunque no sé declamar
y mi memoria es infiel
yo haria bien ese papel
en el acto de almorzar.

ENRIQUE. ¿Y sabrias tú fingir
la agonía de un gloton?

PEDRO. ¡Qué magnífica ocasion!

¡Cómo me voy á reir!

Vente conmigo un instante (á Enrique.)
verás tú anhelo cumplido.

ENRIQUE. Es que mi papá ha salido,
y si viene algun marchante.

PEDRO. Si Juan se queda al cuidado
no habrá ninguna desgracia,
porque él es á la farmacia
en extremo aficionado.

ENRIQUE. Sí, y conoce nuestro amigo
los botes mejor que yo.

PEDRO. ¿Te quedas, Juan?

JUAN.

¿Por qué no?

PEDRO. Entonces vente conmigo. (A Enrique.)

ESCENA III.

JUAN SOLO.

Mientras hallan el modelo
de Heleogábalo espirante
tengo yo tiempo bastante
para realizar mi anhelo.

Tomo un vaso. (Lo hace) Está limpito

(Se llega á una redoma y lee).

Sírupus córticum citri.

(La toma y echa un poco en el vaso.)

una onza (coge un bote pequenito y lee.)

dulcis. Espíritus nitri

Dé aquesto un chorrito.

(Echando unas gotas en el vaso.)

(Cogiendo una redoma de agua y leyendo.)

Acua pura, quantum satis.

(Llena el vaso de agua.)

Misce y bebe (lo mueve todo con una espátula.)

de un tiron (Lo hace)

buena ha estado la pocion

y mejor porque fué grátis.

Si yo boticario fuera

menudeara estas tomas.

A su sitio las redomas;

el bote á la cordialera. (Coloca las redomas
en su sitio.)

¿Y dirá Pedro que yo

no lo entiendo? ¡Habrá cuitado!

El cuerpo se me ha quedado

lo mismito que un reló.

ESCENA IV.

JUAN PEDRO Y ENRIQUE DESPUES ANTON.

PEDRO. ¿Lo hás visto? (aparte á Enrique.)

ENRIQUE. No lo creyera

y voy á seguir tu plan
al momento.

PEDRO. (¡Pobre Juan!

¡Vaya un rato que te espera!)

JUAN. ¿Y viste ya ese modelo? (á Enrique.)

ENRIQUE. Allá se quedó chillando;
como que lo están matando
en medio del santo suelo.

JUAN. ¿Matando? ¡Qué desatino!

ENRIQUE. Segun como se interprete.

El verdugo era Pepete,
y la víctima un cochino.

- Pedro quiso chasquearme.
- JUAN. Eso no ha sido bien hecho.
- ENRIQUE. Pero yo estoy satisfecho porque promete ensayarme.
- PEDRO. Con que vamos á empezar no principie á venir gente.
- ENRIQUE. Antes será conveniente que nos den de refrescar.
- JUAN. No me opongo.
- PEDRO. Yo tampoco.
- ENRIQUE. Anton, (*Llamando adentro.*)
tráete esa batea. (*á Anton que sale.*)
- PEDRO. ¡Y cómo se tambalea! (*mirando á Anton que se va.*)
- ENRIQUE. El pobre está medio loco, y no hay para él medicina.
- PEDRO. ¿Pues qué diablos le ha pasado?
- ENRIQUE. ¡Toma! que se ha envenenado.
- JUAN. ¿Con qué?
- ENRIQUE. Con tragacantina.
- JUAN. Jamás ese nombre oí.
- ENRIQUE. Mirale aquí hay medio litro. (*Tomando el tarro pequeño.*)
- JUAN. ¿No es ese el bote del nitro?
- ENRIQUE. Lo fué.
- JUAN. (*¿Qué será de mí?*)
- ENRIQUE. Aqueste es un adelanto debido á Monsiur Pascal; un álcali vegetal sacado del tragacanto.
- JUAN. Pero esa tragacantina ¿qué es lo que hace?
- ENRIQUE. Poca cosa; al principio es muy gustosa
- JUAN. ¿Y despues?
- ENRIQUE. Dá hambre canina.
- PEDRO. Pero algun remedio habrá.
- ENRIQUE. Ninguno, la sepultura.
- JUAN. ¡Ay! á mí se me figura que me empieza el hambre ya. ¿Que es lo que yo llegué á hacer?
- ENRIQUE. Y lo peor que aquí se nota

es que el que prueba una gota se despide de comer.

JUAN. ¿Cómo?

ENRIQUE. Pregúntalo á Anton.

ANTON. Ya están los dulces aquí (*Saca una balsa con dulces la deja y váse.*)

ENRIQUE. En tomando tanto así revienta como un cañon.
Sentaos.

JUAN. Estoy, en un potro (*Sientánse los tres.*)

ENRIQUE. Es poco, mas en verdad es mucha la voluntad toma un pastel, tú este otro.

JUAN. No tengo ganas

ENRIQUE. ¿Con dengues

vienes? Tuviera que ver, cuando te sueles comer por docenas los merengues.

JUAN. Es que no tengo apetito.

ENRIQUE. ¿Quieres un poco de quina?

JUAN. (Este Enrique me asesina.)

PEDRO. El pastel está exquisito; no he visto cosa mas rica; pruébalo, Juan.

JUAN. Lo agradezco, (sí de esta escapo yo ofrezco no probar de la bótica ni gloria.)

ENRIQUE. Pues se acabó.

¿Esta pastilla de coco la tomarás, Juan?

JUAN. Tampoco.

PEDRO: La comeré entonces yo.

ENRIQUE. Vamos ¿y esta mantecada?

JUAN. (Estos dos quieren matarme)

Haced favor de dejarme; si no puedo tomar nada.

ENRIQUE. ¿Ni tampoco estas perrunas?

JUAN. No.

PEDRO. Tal te habrás puesto el bulto hoy de dulces.

- JUAN. ¿Yo? (Qué insulto al que está casi en ayunas!)
- ENRIQUE. ¿Estás malo?
- JUAN. No. (¡Cuál comen!)
- ENRIQUE. Pues ya de desaire pasa. Los que vienen á mi casa es menester que algo tomen.
- JUAN. Mas si no puedo.
- ENRIQUE. Es mentira cuya causa no sospecho; pero un desaire me has hecho y has de repararle. Mira, ahora te vas á tragar ó por fuerza ó de buen grado este dulce que ha quedado.
- JUAN. (Van á hacerme reventar.)
- ENRIQUE. ¿Lo tomas pues?
- JUAN. No señor.
- ENRIQUE. Pues sujetalo, Perico; (Lo cojen.) vamos á untarle el hocico.
- JUAN. ¡Ay! ¡que me matan! ¡favor!

ESCENA V.

LOS MISMOS Y ANTON.

- JUAN. ¡Ah! (corre hacia Anton.)
- ANTON. ¿Qué hay, señorito Juan?
- JUAN. Que estos me matan.
- ANTON. ¡Matarle!
- ENRIQUE. No tal queremos untarle la boca con mazapan.
- ANTON. ¿Y por eso?
- JUAN. (A Anton) Oye aquí á un lado. En la misma situacion me hallo que tú, amigo Anton: Sin querer me he envenenado.
- ANTON. ¡Ay Dios! que los dos estamos envenenados decís?

JUAN. Ya ves la vida en un tris,
y a lo mejor reventamos.

ENRIQUE. No puedo más, yo me voy.

PEDRO. ¿Pero adónde tan de prisa?

ENRIQUE. Que voy á soitar la risa
si aquí un punto mas estoy.

ESCENA VI.

JUAN Y ANTON.

ANTON. ¿Y moriremos? ¡Qué trance!

JUAN. De hambre, Anton.

ANTON. ¡Animas santas!

JUAN. ¿Pero tú de que te espantas?

ANTON. ¿Es para menos el lance?

JUAN. ¿Pues acaso no sabias
que ibas muy pronto á morir?

¿Se puede acaso vivir
sin comer ni aun cuatro dias?

ANTON. ¿Mas qué nos han dado?

JUAN. Bueno:

ya ha perdido lo memoria

y á la fosa mortuoria

le va arrastrando el veneno.

ANTON. Pero si yo no he comido

mas que truchas y jamon,

albondiguillas, salmon,

JUAN. ¡Uy!

ANTON. Dos sopas y el cocido

y por mi boca no ha entrado

mas liquido que aguardiente,

Cariñena, san Vicente....

JUAN. ¡Hombre! ¿y aun no has reventado?

¿Mas no sientes algo? Di.

ANTON. Siento cierta pesadez,

pero la achaco al Jerez

que á los postres me bebi.

JUAN. Ya estas difunto.

ANTON. ¡Zambomb

JUAN. Bien te puedes desviar
que vas al punto á estallar
lo mismito que una bomba
¿No sabías, inocente,
la suerte que te aguardaba,
y que una almendra bastaba
para morir de repente?

ANTON. ¿Pero porqué?

JUAN. ¿Has olvidado,
muchacho de Belcebú,
que como yo te hallas tú
ya tragacantinizado?

ANTON. ¿Y eso qué es?

JUAN. ¡Jesus divino!

¿qué ignorancia tan supina!

¿Sabes que es tragacantina?

ANTON. ¿El que bebe mucho vino?

Mas si yo he bebido poco.

JUAN. Pues, Señor, es lo mas zote... (cojiendo el
bote pequeño)

¿Que es lo que tiene este bote?

ANTON. Alcohol nítrico.

JUAN. ¿Estas loco?

ANTON. Bien sé lo que estoy diciendo:

esta mañana temprano

le llené yo por mi mano.

JUAN. Pues es cosa que no entiendo

¿Por que me diria Enrique,

que lo que aquí se contiene

era veneno?

ANTON. Aquí viene;
preguntadle y que él lo esplique.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ENRIQUE y PEDRO.

ENRIQUE. A ver si vienes, Juanito;
solo se te aguarda á ti,
¿pero que tienes ahí?

- Ya, es el cuerpo del delito.
- JUAN. ¡Ah! comprendo aquesto fué...
una lección merecida
- PEDRO. No, una broma.
- JUAN. Que en mi vida
ni un momento olvidaré.
- ENRIQUE. Con tal de que resentido
con nosotros no te quedes.
- JUAN. No por cierto; estoy á ustedes
en extremo agradecido:
puesto que en esta ocasion
me habeis llegado á enseñar
como nos puede arrastrar
el vicio á la perdicion.



UN NEGRO.

ACTORES.

Venancio, burgalés. }
Antonio, andaluz. } Niños de 13 años.
Juan, americano }
Tomás, negro de 11 años.

*La escena pasa en un pueblo de los Estados Unidos.
El teatro representa una calle, á la derecha una
puerta practicable y junto á ella un banco de madera.*

ESCENA 1.

VENANCIO y ANTONIO.

VENANC. Antoñillo ¿que tal va?

ANTON. Hombre, bien, ¿y tú?

VENANC. Velay.

ANTON. Enterao de lo que hay.

VENANC. Pues ello bien claro está.

ANTON. Tal vez lo estará pa tí,
pero pa mi esta tupío.

Será que tengo el sentio
mu serrao.

VENANC. Acaso sí.

ANTON. En fin ¿estás malo?

VENANC. No.

ANTON. Pues dime cual es tu apuro.

¿Te hace farta un peso duro?

A buscarlo y se acabó.

VENANC. Mas con ganas de reir
no está uno siempre.

ANTON. En queriendo,

yo man que me este muriendo

no me tengo de afligir,

que esta via arrastraila

es sueño que poco dura,

bien se sueñe la ventura

bien se tenga pesailla;

pero si se ha de acabar

este sueño porque es ley

á que el vasallo y el rey

se tienen que asujetar,

será mientras grande asierto

no tratarse de aburrir

pa no tener que sentir

cuando uno esté ya dispierto.

VENANC. Eso sí que oscuro está.

ANTON. ¿Oscuro?

VENANC. Yo no distingo.

ANTON. Voy á desirtelo en gringo

para mayor claridá:

Muchas veces los hombres sueñan cosas

que les causan horror y les espantan;

y aunque saben despues que se levantan

que fueron ilusiones mentirosas.

Aquellas fatiguillas dolorosas

que hubieron de sentir aun los quebrantan

despues que han despertado, con que aguantan

penillas verdaderas y engañosas.

Este doble sufrir es cosa fuerte,

mas puede uno safarse no ignorando

que todos despertamos con la muerte.

Y no hay sino decir: Vamos andando,
cada cual se conforme con su suerte
y no se olvide de que está soñando.

VENANC. ¡Lo que sabes!

ANTON.

Poco ó ná;

mas una escuela no habia
que mangue no haya corrió
desde Galicia á Graná,
y á cursao mi persona
en Salamanca, Madrí,
Saragosa, Vallaoli,
Santiago y Barselona,
y en Seviya y en Valencia
y hasta en Caiz tambien he estao
y aunque poco haya ganao
me sobra alguna esperiencia.
Solo que al fin aburrió
de andar por tierra y á pié
en un buque me zampé
y á Mérica me he venio.

VENANC. Pero, hombre, yo me confundo
¿para que era tanto andar?

ANTON.

Toma, para derramar
mis luces por tóo er mundo.

VENANC. ¿Tus luces?

ANTON.

¿Te maravillas?

VENANC. Me parecen desatinos.

ANTON.

¿No vendo fósforos finos
de carton y de cerilla?

VENANC. Eso es otra cosa ya.

ANTON. Pues, Venancio, ¿que pensabas?

VENANC. Yo creí que tu enseñabas.

ANTON.

Si no conozco la A.

VENANC. Eso es muy raro en el dia

ANTON.

¿Es raro no tener cobre?

VENANC.

¿Pues qué no enseñan al pobre
de valde en Andalucía?

ANTON.

Ya se vé que sí ¡caneia!
pero dí, ¿como se trasa
si hay que atravesar la plasa
para colar, en la escuela?

VENANC. Pues esa si que está oscura.

ANTON. Poco tiene que entender:
para el que está sin comer
es mal guiso la lectura.

Pero en fin ¿quieres desir
qué es lo que tú tienes hoy?

VENANC. Nada mas sino que estoy
ya cansado de vivir:
trabajando con ardor
y robando horas al sueño
¿qué es lo que logra mi empeño?
comer mal, vestir peor.

Y es tan perro mi destino
que aunque trabajo á buen paso
yo pienso que mas atraso
cuando mas veloz camino.

ANTON. ¿Y adonde quieres llegar?

VENANC. Esa es cuestion importuna:
yo vine á buscar fortuna
y no la puedo encontrar.

ANTON. ¿Y por eso, di, te entra
tanta murria?

VENANC. ¿No me fundo?

ANTON. Hombre, no, que en este mundo
no siempre el que busca encuentra.
Pero la suerte es muy chusca,
y es menester no ser loco,
no orvidando que tampoco
la encuentra er que no la busca.
Y asi es lo mejor, Venansio,
persiguiendo á esa enemiga,
ni darse mucha fatiga,
ni sucumbir al cansansio.
Pero allí asoma el zambito
cantando á mas no poer;
sin remedio debe ser
muy feliz este negrito.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ENRIQUE y TOMAS.

TOMÁS. (*Cantando.*) ¡Ay, cuánta pena!
mamita mia,
quiero morir.

No me es posible,
mamita mia,
vivir sin ti,

¡Ay corasoncito mio!
deja, deja tu pesar,
que la vida es leve llama
que poco puede durar.

ANTON. ¡Cómo cantas!

TOMÁS. ¡Ah! ¿me oíste?
estar muy contento yo.

VENANC. La letra es triste:

TOMÁS. ¿Pues nó?
si el neguito está muy tiste.

VENANC. Esa sí que es confusión.

TOMÁS. Lo quiere la suerte mia;
en los lábios la alegría,
la pena en el corason.

VENANC. ¡Al par tristeza y contento!
¿Quién puede entender?

TOMÁS. Cualquiera:
uno esta alegue por fuera,
y esta muy tiste por dento.
Pade y made en un instante
el pobe nego ha perdido.

ANTON. ¿Se te han muerto?

TOMÁS. No, se han ido
por ese mar adelante.

ANTON. ¿Y te dejaron aqui?

TOMÁS. ¿Qué habian de hacer; señó,
si el amo que les compó
no quiso compararme á mi?

VENANC. Lo estraño es que en tal momento
para cantar tengas gusto.

TOMÁS. Dice el amo que no es justo,
que yo tenga sentimiento,
y añade pa consolarme
que si yo enfermo y me muero
le hago perder el dinero
que el alojó pa comparme.

ANTON. No parese tu amo bobo.

TOMÁS. ¡Bobo el amo! ¡que si quiere!

Del neguito que se muere
dise que comete un robo.
Mas de amargura tan llena
se encontraba el alma mía
que, la verda, yo queria
que me matara la pena.
Pero el amo se empeñó
que me habia de alegar
y hasta que me hizo bailar
por la casa no paró.

ANTON. Presiso es que tu amo, sea
de genio muy divertio.

TOMÁS. Es que toca el mardesio
el tango con la codea.
Y si se llega á cansar
de tocar el instrumento
niñito Juan al momento
viene á su pade á ayudar;
y ente los dos esta piel
tan nega y tan atezada
me la pouen cororada
lo mismito que un cravel.

VENANC. ¡Que esto se haya de sufrir!

TOMÁS. Asi me hicieron callar,
y no pudiendo llorar
al fin tuve que reir.

ANTON. No he visto cosa mas dura.
El blanco mas desgraciao
puée llamarse afortunao
al lao de esa criatura.
E pa perder el juisio.

VENANC. No he de quejarme ya á fé.

ANTON. Y si lo haces te dire...

VENANC. ¿Qué?

ANTON.

Que te quejas de visio.

ESCENA III.

LOS MISMOS Y JUAN.

JUAN. ¡Zambo!

TOMÁS.

Señolito Juan.

JUAN. ¿Qué diablos estás haciendo?

TOMÁS.

Nos estábamos riendo
y hablando.

JUAN.

¿Eres charlatan?
y qué hablabas?

TOMÁS.

¡Oh! simpleza.

JUAN.

Yo quiero saberlo todo

VENANC.

Nos contaba de que modo
le han curado la tristeza.

Y aunque antes de haberle oído
me encontraba disgustado
después de haberle escuchado
dí mis penas al olvido.

JUAN.

¿Con que recuerda...? Me alegro.
Vamos, canta aquí un poquito.

TOMÁS.

¿Y que canto, señolito?

ANTON.

Hombe, deje usted á ese negro.

JUAN.

¿Por qué?

ANTON.

Por que no me agraa
mas música que er fandango,
y tengo yo para er tango
la oreja mu delicaa.

JUAN.

Pero este es un buen soprano.

ANTON.

Si usted no tiene consiensa
á mi me farta pasiensa
para oír rabiara á un cristiano.

JUAN.

¿Este rabia?

ANTON.

Como usted
y cualquiera rabiaria
si se mirara algun dia
en el caso que él se vé.

¿Ignora usted su quebranto?
¿y aun se atreve á violentarle?
¿y lo que es mas á quitarle
er consuelo que da er yanto?
Pero en vez de respetar
de ese gûérfano el dolor
con inhumano rigor,
quiere obligarle á cantar.

JUAN. Pero, hombre, ¿no considera
que dejando que llorase
puðiera ser que enfermase
y aun acaso que muriera?
No crea usted, yo tambien siento
la pena de ese negrilla
¿mas debe nuestro bolsillo
costear su sentimiento?
¿Si á causa de sus apuros
muriera, qué perdería?

ANTON. ¡Una friolera! La via.

JUAN. Nosotros mas de cien duros.
Todos saliéramos mal
y es obrar con buen consejo
el que él no pierda el pellejo
ni nosotros un real.
El remedio que se aplica
podrá serle doloroso;
pero remedio gustoso
no lo hay ni en la botica.

VENANC. El caso es querer buscarlo.

JUAN. Opinais que si lo hubiera
por nuestro interes siquiera
no habriamos de emplearlo?

VENANC. Dió usted en la dificultad
que aqui la costumbre es
mirar mucho al interés
y poco a la caridad.
¿Qué le hace falta á ese niño?
De sus padres adorados
los incesantes cuidados,
la ternura y el cariño.

¿Y le habeis pensado dar algo de aquesto vosotros?

JUAN. ¿Pues no tenemos nosotros otra cosa en que pensar?

¿Mimos á un negro? ¡Por Dios!
Eso toca ya en locura.

VENANG. Pues decidme: ¿esa criatura no es tan hombre como vos?

JUAN. ¿Si me querreis persuadir de que un negro se merece...?

VENANG. Mas que un blanco pues padece.

JUAN. ¿No nació para sufrir?

Que culpe pues á su suerte que le es tan poco propicia.

VENANG. Culpará á vuestra codicia que en verdugos os convierte.

Pero él romperá sus hierros y de vosotros huirá.

JUAN. ¿Y adónde se escorderá que no lo cacen mis perros?

VENANG. Sois en extremo crueles.

JUAN. Algo de eso puede haber, pero así tiene que ser

quien comercia en negras pieles. De esta manera reunió

mi padre un buen capital, y pues á él no le ha ido mal

seguiré su marcha yo; sin temer otros reveses

que turben nuestro reposo que algun encuentro forzoso

con los cruceros ingleses. Ellos son nuestro tormento,

pues si llegan á pillarnos suelen entonces dejarnos

sin buque y sin cargamento. Por dichosos nos tenemos

si es tanta nuestra fortuna que de las dos cosas una

sacar á salvo podemos. Pero es cosa bien amarga

por salvar la embarcacion
mirarse en la precision
de arrojar al mar la carga,
y gastarse los doblones,
asi cual si fuesen tierra
por causa de la Inglaterra
en engordar tiburones

ANTON. Hombre, por, tos los difuntos,
calle usté, que me da horró
el escuchar de que mó
considera esos asuntos
Todo aquel que anda en la trata
es un perro, no es cristiano,
es un verdugo, inhumano,
un asesino; un pirata.
Nunca quise á los ingleses
mas si ellos os dan castigo
todo inglés es ya mi amigo
y que rabie el que le pese.

JUAN. ¿Qué me importa? Pero creo *(golpes dentro)*
que llaman en el despacho.
Anda á ver quien es muchacho. *(A Tomás
que sale.)*

TOMÁS. *(Volviendo á entrar con una carta que dá á Juan)*
Señorito era el codéo.

JUAN. ¿Qué ha traído?

TOMÁS. Esto no má *(dándole una carta.)*

JUAN. ¡Una carta para mi;

¿Que será? *(Abre y lee para si)*

TOMÁS. No hay mas que abi,
que si sabe ella habrará
¿Sabe leer su mercé? *(á Antonio)*

ANTON. Hombe, no.

TOMÁS. Tampoco yo,
pero asi estamo mejó.

ANTON. ¿Mejor dices? ¿y por qué?
¿El saber es cosa fea?

TOMÁS. No, pero muchos maestros
lo mismo que amitos nuestros
enseñan con la codéa.

- JUAN. Yo no puedo mas, Dios mio. *(Cae desmayado.)*
 VENANC. ¿Qué es aquesto? *(Acuden todos y le sientan en el banco.)*
- TOMÁS. ¡Ay! ¿qué le ha dado?
 VENANC. ¿No lo ves? se ha desmayado.
 TOMÁS. Pero se ha quedado fijo.
 VENANC. Esa carta...
 TOMÁS. Charlatana, que á niño Juan pones malo, voy á buscar ahora un palo y á zurrarte la badana.
- VENANC. Trae acá, *(Toma la carta.)*
 ANTON. Ya vuelve en si.
 Ve tu por agua. Borrico. *(á Tomás.)*
- TOMÁS. Voy codiendo. *(Váse.)*
 VENANC. ¡Pobre chico! *(Leyendo la carta.)*
 su padre ha muerto *(vuelve Tomás con el agua.)*
- JUAN. ¡Ay de mí! *(volviedo.)*
 TOMÁS. ¡Ay pobrecito señor!
 VENANC. Y el hijo queda arruinado
 JUAN. Es verdad, desamparado y huérfano.
- TOMÁS. Como yo.
 VENANC. Ahora envidiara tu suerte, por que en ese mismo dia que su padre recibia en Connéticut. (1) la muerte rompía vuestras cadenas un decreto del Senado; ya eres libre.
- TOMÁS. ¿Y que he ganado?
 VENANC. Hallar el fin de tus penas
 TOMÁS. ¿Me voy á morir ya ponto?
 VENANC. No tal; pero vas á ver á los que debes el ser.
- TOMÁS. ¿A quién?
 ANTON. A tus padres, tonto.
 TOMÁS. ¡Ay, pades del alma mia!

(1) Pronunciase *Canétique*.

- ¿Con que ya ponto vendán?
- VENANC. Cállate que al niño Juan
le hace daño tu alegría.
- JUAN. Que haga lo que le parezca
ahora me toca gemir
y de él no puedo exígir
que mi dolor compadezca.
Ayer la desgracia impía
sobre su frente pesaba,
y yo su lamento ahogaba,
y hasta llorar le impedia.
Hoy que el destino cruel
apura en mí sus rigores;
búrlese de mis dolores
cual me burlaba yo de él.
Tarde conocí mi error,
sufrá pues la dura pena.
- VENANC. El pesar os enajena
y os hace injusto el dolor.
A ese negrito leal. *(señalando á Tomás.)*
con crueldad tratado habeis,
y ahora sin duda creeis
que él volverá mal por mal.
En sus pupilas llorosas
ved la pena que le altera
- TOMAS. Que me pegase quisiera
y no dijese esas cosas.
¿Cuándo el zambo malo fué?
- JUAN. Mas yo contigo lo he sido
- TOMAS. Ya lo di todo al olvido.
na hable de eso su mercé.
En adelante los dó
al buen pade lloraremo
y junto le pediremo
por él de rodiya á Dió.
Y tabajaremos ambo
para buscarnos el pan.
- ANTON. Veasté, Señorito Juan,
qué corascón el del zambo.
Esa alma en conclusion,
¿quién a dudarlo se atrive?

- es mas blanca que la nieve;
aunque el es como un tison.
- TOMAS. Mis pades van á veni
yo os cojeré de la mano
y les diré: Este es mi hermano,
queréle pues como á mi.
Y no tema que el neguito
con nadie nunca le afrente
porque delante de gente
su mercé será mi amito.
- JUAN. ¿Afrentarme? tú deliras.
Mi hermano siempre serás.
Dame un abrazo Tomás. (Le abraza.)
- VENANC. Y á mí. (Idem.)
- ANTON. Y á mí. Me hago tiras. (Idem.)
Aunque en esto, seamos francos, (teniéndolo abrazado.)

no hay de que naide se asombre,
que un negro al fin es un hombre
lo mismito que los blancos.
Y cuando el negro es ¡me jundo!
como lo eres tú, Tomás,
vale un negro mucho mas
que toos los blancos del mundo.
Moso bueno, fuera pena,
porque Dios te está mirando
y en el sielo están cantando:
¡viva la gente morena!
Quiera un deber soberano
que tu raza se sacuda
Y en la nuestra no haya un Juda
que venda ya á sus hermano.
Di, Venansio, ¿no crees tú
que eso ya debe acabar,
y el mundo debe gritar:
¡Abajo la esclavitú!
¿No es vergüenza en las naciones
que cristianas se apellidan
ver que sus hombres olvidan. . ?

VENANC. Déjate ya de sermones.
Siempre malos ha de haber.

ANTON. ¿Y nunca han de concluir?

VENANC. Dios les consiente vivir.

ANTON. Mas no los puede querer.
Y di ¿qué moral se saca
de este lance?

VENANC. Pues, haz bien,
y no repares á quien.

ANTON. ¿Eso es refran ó matraca?
Me parece mas moral..

VENANC. No digas un desatino.

ANTON. Es un consejo divino:

• HAZ BIEN AL QUE TE HACE MAL. »



LA PRUEBA.

ACTORES.

MATILDE: . . .	} Jóvenes de 16 á 17 años.
ROSA.	
VICENTE.	
BLAS.	
GIL.	

El teatro representa un jardín; verja practicable al foro, á la izquierda puerta que conduce al interior de la casa; bancos de piedra.

ESCENA I.

MATILDE, ROSA, VICENTE.

MATIL. ¿Tan rico es el tío Marcelo?

VICENTE. Lo que tiene es desatino.

MATIL. ¿Pero de dónde le vino
caudal tan grande?

VICENTE. Del cielo.

ROSA. No puedes hablar formal.
¿Pues no dices?...

VICENTE. ¿Qué te estraña?
Cuando se fué á Nueva España
no llevaba ni un real
Mas como era un guapo chico
é iba bien recomendado
pronto quedó colocado
con un comerciante rico;
el que merced al talento
de su nuevo dependiente
vió aumentarse felizmente
su caudal en un momento.
Encantado del negocio
el bueno del comerciante
elevó al tío al instante
desde dependiente á socio.
En fin, del afecto tierno
que hacía aqúeste concibió
la última prueba le dió
transformando al socio en yerno.
Así del suegro á la muerte
el que fué lleno de apuros
se encontró con muchos duros
que aun supo aumentar.

MATIL. ¡Qué suerte!

VICENTE. Poco despues enviudó
quedándole solo un niño
en quien todo su cariño
cual buen padre concentró;
y es el mismo que ha llegado
hoy á Madrid.

MATIL. ¿Y á qué viene?

VICENTE. Su padre el proyecto tiene
de venirse á nuestro lado;
y á fin de ligarse mas
á aquellos que tanto estima
con una ó con otra prima
casar quiere á su hijo Blas.

MATIL. ¡Uy qué nombre!

VICENTE. ¿Te dá espanto?

- MATIL.** Por tan poco no me asusto;
pero es nombre de mal gusto.
- ROSA.** Sin embargo es el de un Santo.
- VICENTE.** Algo apuesto á que le das
calabazas á tu primo.
- MATIL.** ¿Y por qué? Si yo lo es^omo.
- VICENTE.** Pero llamándose Blas.
- MATIL.** ¡Oh! si, el nombre es como el coco
mas si puede el primo hacer
la dicha de una mujer
lo demás importa poco.
- ROSA.** Si es amable y de talento.
- MATIL.** Aun cuando fuera un borrico:
Vale mas ser hombre rico
que tener entendimiento:
en las listas de elecciones
lo puedes muy bien mirar,
pues van en primer lugar
los que tienen mas doblones.
Ya estaria yo medrada
con un marido poeta,
todo el año á media dieta
y en casita arrinconada;
que en vez de un traje de moda
para lucir mi valor,
como por mucho favor,
me dedicase una oda.
- ROSA.** Si allí la espresion se via
de su pasion amorosa.
- MATIL.** El verso, como la prosa,
no es mas que palabreria.
Los mejores consonantes
no valen lo que un buen velo,
un traje de terciopelo,
ó un cintillo de diamantes.
Sin dinero en abundancia
no hay tertulias de gran tono,
ni en los teatros abono,
ni expediciones á Francia.
- VICENTE.** Pues á fé que no son pocas
las cositas que tu quieres.

- MATIL.** Como todas las mujeres.
ROSA. No, Matilde, te equivocas:
pues de tus dichos infiero
que has llegado á imaginar
que no se puede lograr
la ventura sin dinero.
- MÁTIL.** El llevó siempre la palma.
ROSA. Sin él puedo ser dichosa.
MATIL. Imposible.
- ROSA.** Hay una cosa
que él no dá: la paz del alma,
MATIL. ¿Con que tú, por lo que veo
no haces consistir cual yo
tu dicha en tal boda?
- ROSA.** No;
y ni á tí te la deseo.
- MATIL.** Y di: si se te mandase
que fueras de Blas mujer
¿qué harías?
- ROSA.** Obedecer.
lo que mi padre ordenase.
- MATIL.** Pero tú acaso, tuvieras
alguna idea en tu mente.
- ROSA.** ¿Hay jóven que no alimente
y se forje mil quimeras?
Mas sencillos por demás
son mis sueños y apacibles;
con delirios imposibles
no me divierto jamás.
- MATIL.** ¿Con que sueñas?
ROSA. Poca cosa:
pero siempre he imaginado
que puede en cualquier estado
una mujer ser dichosa;
y que si quiere tambien
hasta el mas humilde hogar
le es muy fácil transformar
en el mas hermoso Eden.
- MATIL.** ¿Y ese poder que le das,
me querrás, Rosa, decir
en qué lo haces consistir?

- ROSA. En la virtud nada mas.
VICENTE. Oye: un coche se ha parado (*mirando adentro*)
delante de nuestra puerta.
MATIL. Corramos.
ROSA. ¿Se queda abierta
esta verja?
VICENTE. No hay cuidado. (*Vanse precipitados
y á poco aparecen Blas y Gil, el primero de
lacayo y el segundo con lujo algo exagerado.*)

ESCENA II.

BLAS, GIL.

- GIL. ¿Serán, Señorito Blas, (*En la verja.*)
vuestras dos primas aquellas?
BLAS. Creo que sí.
GIL. Pues no son bellas.
BLAS. ¿Ya las viste?
GIL. Por detrás.
BLAS. Entonces ¿cómo has sacado...?
GIL. La razón está bien clara: (*Entrando*)
si tuvieran buena cara
ya la hubieran enseñado.
Todas en esto convienen:
pues cual hace el mercader,
de muestra suelen poner
lo mejorcito que tienen.
BLAS. Tanta malicia no puedo
sospechar en unas niñas.
GIL. Pues ya vereis, como hay viñas,
que le dan un susto al miedo.
BLAS. Tú de todo piensas mal.
GIL. Y hago bien, que soy criado,
y ví siempre el peor lado
de este embrollo terrenal.
No hay en el mundo flaqueza
que nosotros no sepamos
por lo mismo que los amos
nos tratan con gran franqueza.
¡Cuántos buenos corazones

hay del uno al otro polo,
que los criados saben solo
si son Titos ó Nerones!
En el mundo unos á otros
engañarnos procuramos,
mas nunca logran los amos
engañarnos á nosotros.

BLAS. Como enemigos pagados
os miran muchos.

GIL. En eso
hay sin duda mucho exceso
por parte de los criados.
La murmuracion condeno;
mas no se puede impedir
que uno sepa distinguir
lo que es malo y lo que es bueno.

BLAS. ¿Y tú distingues?

GIL. Un poco.

BLAS. ¿Qué tal soy?

GIL. Así, así.

BLAS. ¿Y no murmuras de mí?

GIL. No señor, no soy tan loco:
si mi lábio murmurara
de quien me dá tan buen trato
mereciera por ingrato
se me escüpiese á la cara.

Mas como os quiero agradar
estudio qué debo hacer.

BLAS. ¿Y es?

GIL. Primero obedecer;
luego oír, ver y callar.

BLAS. El Fénix de los criados
apellidarte mereces;
¡lástima que des á veces
consejos tan endiablados!

GIL. ¿A quién aconsejó mal?

BLAS. De esta farsa ó lo que sea
¿no ha sido tuya la idea?

GIL. Sí.

BLAS. ¿Y te parece moral?

GIL. ¿Es malo evitar nosotros

- ser víctimas de un engaño?
BLAS. ¿Y por huir de ese daño
que le hagamos á los otros?
- GIL. Estáis conmigo inclemente;
pero decid por favor:
¿en el mundo qué es mejor
ser paloma ó ser serpiente?
- BLAS. Lo primero.
- GIL. Mas si asoma
algun gavilán tirano
¿no os parece que es mas sano
ser serpiente que paloma?
- BLAS. A ceder no me acomodo
á pesar de tu elocuencia,
pues la paz de la conciencia
debe preferirse á todo.
Así es que en esta ocasion
ni tú ni yo somos buenos;
pero á tí, Gil, por lo menos
te disculpa la intencion.
Mayor es la falta en mí:
porque habiendo penetrado
que era tu consejo errado
jamás tomarlo debí.
- GIL. ¿Y ya qué hacer?
- BLAS. ¿Lo preguntas?
Pues seguir el entremés.
- GIL. ¿Será cosa que despues
las paguemos todas juntas?
- BLAS. No nos debe causar susto
si es que algun revés tenemos:
lo que sembramos cogemos:
nada á la verdad mas justo.
Y pues el mal no remedia
la tardía reflexion
álcese pues el telon
y principie la comedia.
Ya los primos en tropel (*mirando á la verja*.
se acercan por este lado:
¡Ea! Gil, mucho cuidado,
y sáca bien tu papel.

ESCENA III.

LOS MISMOS, VICENTE, MATILDE Y ROSA.

VICENTE. Aquí está. *(Desde el foro.)*

LAS DOS. Primo. *(Salen corriendo y abrazan á Gil.)*

GIL. Primitas.

VICENTE. Blas. *(Acercándose á Gil y abrazándole.)*

GIL. Vicente. *(Después de una pausa y mirando á Matilde y Rosa.)*

¡Voto al Cid!

Desde Méjico á Madrid
no hay dos chicas mas bonitas.

MATIL. ¡Jesús, qué exageracion!

GIL. ¿La juzgas mucha?

MATIL. No es poca.

GIL. Pues aun no dijo la boca
cuanto siente el corazon.

MATIL. ¿Pues qué mas decir podría?

GIL. Solamente os llamé bellas,
y sois luceros, estrellas...

MATIL. Y toda la astronomía;
sigue pues tu batahola
que será cosa oportuna
compararnos á la Luna
ó á algun cometa con cola.

GIL. Sarcástica, prima, eres.

MATIL. Aunque es cosa harto vulgar
en vosotros comparar
con los ástros las mugeres,
pienso que estos son desbarros
cuando aun saben los chiquillos
que el sol nos dá tabardillos
y las estrellas catarros.

GIL. Con su brillantéz compara
vuestra hermosura el poeta.

MATIL. Brilla mas una peseta
que la mas hermosa cara.

GIL. Vives en prosa.

MATIL. Si á fé:
por lo positivo estoy.

- GIL. ¿Y tú, primo? Lo que es hoy de seguro no lo sé.
- MATIL. ¿Cómo?
- GIL. Estoy fuera de mi desde el punto en que os he visto y hasta dudo de si existo ó soy el mismo que fui.
- MATIL. No lo entiendo.
- GIL. Yo tampoco; pero, acá para inter nós, sois tan bonitas las dos que pienso volverme loco.
- ROSA. Opino que ya lo estás.
- GIL. Es tu ingenio muy sutil: creo lo mismo á fé de Gil... es decir, á fé de Blas. Me encuentro muy trastornado: por lo mismo no te asombre que se me olvide mi nombre y tome el de mi criado.
- ROSA. Distraccion es nunca oida.
- GIL. Pero fundada.
- MATIL. ¿Qué escucho?
- GIL. Es que á Gil lo quiero mucho.
- MATIL. ¿Lo quieres?
- GIL. Como á mi vida.
- BLAS. Su bondad para conmigo (Saludando.) ¿cómo la podré pagar?
- GIL. Todo vá á echarlo á rodar. (Aparte.) Gil es mi mejor amigo. El se merece, eso sí, la amistad que le concedo: yo sin él vivir no puedo ni él puede pasar sin mí. Como ninguno me es fiel, y nadie como él me amó: él en fin es otro yo, y yo, pues, soy otro él. Bien gocemos, bien suframos, placer y dolor partimos;

- à la vez los dos reímos,
y á la par tambien lloramos.
Y hubo instante en que ¡por Dios!
casi á dudar me atreví
si era él distinto de mí,
ó éramos uno los dos.
¡Cuantas veces picazon
he sentido en cualquier lado...
- VICENTE. ¿Y qué?
- GIL. Y á Gil le he rascado.
- ROSA. ¡Jesus, y qué distraccion!
- VICENTE. ¿Papá te ha visto?
- GIL. Si á fé.
- MATIL. Y cómo, dí, no ha venido
contigo?
- GIL. Por que ha tenido
que buscar yo no se qué;
y sabiendo que tendría
que hacer casi hasta la noche
nos embarca en ese coche
y á su quinta nos envia.
Determinacion que os juro,
sumo placer me ha causado.
- VICENTE. Di, Blas ¿te has desayunado?
- GIL. Hombre, no estoy muy seguro.
Pero Gil conmigo estaba
y sabrá...
- ROSA. Otro disparate.
- BLAS. Tomasteis el chocolate.
- GIL. La verdad, no me acordaba.
- MATIL. Gil tambien sabrá si Blas
se siente con apetito.
- BLAS. Lo que es eso al señorito
no le ha faltado jamás.
- GIL. Bien me llegó á conocer.
- VICENTE. Pues si lo que dice es cierto
ven á almorzar, Blas.
- GIL. Te advierto
que soy de poco comer.
- VICENTE. Muy bien: tu templanza alabo.
¿Qué quieres?

GIL. Cualquier friolera:
 así una cosa ligera,
 como una liebre ó un pavo.
 No os riais: ahí está Gil,
 que sabe bien lo que como,
 con cuatro libras de lomo
 me basta, ó medio pernil.
 Y lo que es en Veracruz
 únicamente almorzaba
 un par de huevos,

VICENTE. De pava,
 spongo.

GIL. No, de avestruz.

MATIL. Pues vas á pasar mal rato
 hoy al menos, primo mio.

GIL. No tal; si no está vacío
 no le hago fó á ningun plato.
 Y eso que es mi paladar
 delicadisimo.

VICENTE. Ven. (*Vanse Vicente y Blas.*)

MATIL. Yo voy contigo tambien
 que quiero verte almorzar.
 ¿No vienes tú? (*á Rosa aparte.*)

ROSA. Yo me quedo. (*idem.*)

MATIL. Voy á conquistar su amor, (*idem.*)
 aunque conozco en rigor
 que el primo da un susto al miedo.
 Pero al fin es conveniencia
 que mi anhelo satisface. (*Váse.*)

ROSA. Si la logras no te hace
 falta ya mas penitencia.

ESCENA IV.

ROSA Y BLAS.

ROSA. ¿Y usted, Gil, no vá á almorzar?

BLAS. Me hallaba aquí bien.

ROSA. Con todo,
 puede que Blas.

BLAS. Si incomodo.

- ROSA. No tal: os podeis quedar.
BLAS. Muchas gracias.
ROSA. No hay de qué.
Mas la verdad sentiria
si os quedais por cortesia....
BLAS. ¿Que me riñan?
ROSA. No; ya sé
que Blas trata á usted con mimo
y le quiere con extremo;
pero por lo mismo temo
no le suceda algo al primo.
Pues si su labio no miente
fácil es que vuestra ausencia
le ocasiona inapetencia.
BLAS. ¿Lo dice usted formalmente?
ROSA. Jamás tuve la costumbre
de embromar.
BLAS. Bien puede ser
que lo haga usted sin querer,
y eso me dá pesadumbre:
pues si se viene á casar
con una ó con otra prima
mi dueño y nadie lo estima
¿qué dicha podra esperar?
ROSA. Pero en fin yo á Blas aprecio
como primo.
BLAS. Señorita,
el ser pariente no quita
que os parezca tal vez necio;
mas si en saber no es profundo
ni es grande su discrecion
tiene en cambio un corazon
como no hay dos en el mundo.
¿Qué importa obtener la palma
que merece un gran talento
si al mas tierno sentimiento
es inaccesible el alma?
De esta suerte al discurrir
erraré, pero à mi ver
sabe cuanto hay que saber
quien sabe amar y sentir.

Por eso la que de esposa
dé la mano á mí señor
le hara feliz con su amor
y será tambien dichosa.
Por que ¿qué pena importuna
hará probar sus rigores
á quien goza los favores
del amor y la fortuna?

ROSA. Si amais tanto como á Blas
á su futura....

BLAS. En efecto,
á la que pague su afecto
la amaré mil veces más.

ROSA. ¿Sabeis que tanto cariño
no me parece bien?

BLAS. ¡Tate! (*aparte.*)

¡A que he dicho un disparate!
A enmendarlo.) Soy un niño,
y á mi pesar bien pudiera
haberos quizás faltado,
ó de mi afecto llevado
decir lo que no debiera.

ROSA. Sí, buen Gil, algo hay de eso.

BLAS. Perdonadme, señorita,
y si acaso necesita
disculpa tamaño exceso,
sabad que el hado iracundo
sus rigores sació en mí,
pues al punto que naci,
ya me hallé solo en el mundo.
Como nunca hube gozado
de mi madre una caricia
ignoraba que delicia
era amar y ser amado.
Mas vuestro primo en verdad
mis ideas trastornó
el dia en que se dignó
concederme su amistad.
Ahora es tal ya mi sentir
que no acierto á comprender
que en el orbe ningun ser

- sín amar pueda vivir.
Hoy el amor que atesora
mi pecho, es de vuestro primo,
así cuanto estima estimo
y adoro cuanto él adora.
- ROSA. Vehemente sois á fé mia
y eso es algo peligroso
que todo extremo es vicioso
y en amor mas todavia.
Asi no echeis en olvido
cuando tenga esposa Blas
que no es bueno la ameis mas
ni tanto como el marido.
- BLAS. (La chiquita bien repara. (Aparte.)
Bonita leccion me ha dado:
mas torpe que Gil he andado;
no tengo que echarle en cara.)
- ROSA. ¿En qué pensais?
- BLAS. No lo sé.
- ROSA. Si os ofendí perdonad.
- BLAS. ¿Por qué? Dijisteis verdad,
y nunca la olvidaré.
- ROSA. Pues no quedeis resentido,
y yo á Blas le haré patente
que estar debe á su sirviente
en extremo agradecido.
Hace poco le veia
casi, casi con enfado,
mas despues que os he escuchado
tiene ya mi simpatía.
A vos lo debe.
- BLAS. ¿Qué escucho?
- ROSA. ¿será cierto que os agrada?
- ROSA. Segun: como novio, nada;
pero como primo, mucho.
- BLAS. Mas aqueso no es bastante
para labrar su ventura
si á los pies de esa hermosura
su corazon rinde amante.
- ROSA. Presumo que no tendrá
que hacer por mí tal fineza.

- BLAS. ¿Por qué?
ROSA. ¿Visteis la belleza de Matilde?
- BLAS. Si.
ROSA. Pues ya escusado es añadir que si lo sabe entender mi primo, no se ha de ver muy perplejo al decidir.
- BLAS. Pero si ella como vos á vuestro primo no quiere...
ROSA. No hará tal.
BLAS. Mas si él prefiere...
ROSA. Diera enojos á las dos.
BLAS. ¿A vuestra prima? No sé...
ROSA. Pues mi opinion es fundada.
BLAS. ¿Le ama acaso?
ROSA. No sé nada; pero es probable.
- BLAS. ¿Por qué?
ROSA. Pues por la sola razon que siempre lo vimos todo las dos de distinto modo.
- BLAS. Mucha es vuestra obstinacion.
ROSA. ¿Os parece mucha?
BLAS. Sí.
ROSA. ¿La hay menos en vuestro empeño?
BLAS. Yo trabajo por mi dueño.
ROSA. Y bien, yo miro por mi.
BLAS. Perdonad si con calor...
ROSA. Por tan poco no me enfado; debiérais ser, no criado, sino...
- BLAS. ¿Qué?
ROSA. Procurador.
BLAS. Dura en verdad os mostrais y me haceis mal á fe mia; mas bondadosa os creia.
ROSA. Tal vez luego que me oigais mi buena opinion recobre. Si dos jóvenes hubiera

y una necia y rica fuera,
la otra con talento y pobre:
y por suerte en casamiento
os ofrecieran las dos
¿a cuál eligierais vos?

BLAS. A la pobre con talento.

ROSA. Mas si el nombre de la rica
fuera Blasa, por ejemplo.

BLAS. El nombre segun contemplo
me parece que no implica.

ROSA. Discreto sois por demas;
pero vez que en lo que pasa
lo que Gil hace con Blasa
eso hace Rosa con Blas.

Igual móvil nos anima
en este instante á los dos.

BLAS. Señorita.

ROSA. Gil, adios, *(Va al encuentro
de Matilde.)*

que veo venir á mi prima.

BLAS. Lista y guapa es la tal Rosa: *(Aparte.)*
esto es cuanto sabes, Blas;
si Gil no adelanta mas
hemos hecho una gran cosa.
Pero aquí Matilde viene.

ESCENA V.

LOS MISMOS Y MATILDE.

(Durante esta escena pasea Blas por el jardin.)

ROSA. ¿Cómo has dejado al primito?

¿sació el pobre su apetito?

MATIL. Se me figura que aun tiene
para buen rato que hacer!

ROSA. ¿Te ha requerido de amores?

MATIL. ¡Oh! Me ha echado muchas flores,
mas sin dejar de comer.

ROSA. Si habló con la boca llena
puedes estar persuadida,
que le ahogará la comida

- mas no le ahogará la pena
MATIL. ¡Qué bruto!
ROSA. ¿Ya no le quieres?
MATIL. No he dicho tal, mas pudiera
declararse...
ROSA. ¡Qué tontera!
Eso, prima, no lo esperes.
MATIL. ¿Por qué no?
ROSA. Ya te alborotas.
¿Ves ese lacayo humilde? (*Señalando á Blas.*)
MATIL. ¿Gil?
ROSA. El mismo; ese, Matilde,
es un Mercurio con botas.
MATIL. No entiendo.
ROSA. Un embajador
que empresas de amor intenta
y es el que el honor sustenta
de su Augusto amo y señor.
Anexionarle pretende
ó la tuya ó mi existencia,
y en la primer conferencia
muestras dió de que lo entiende.
MATIL. ¿Con que Gil tiene esa gracia?
ROSA. Conmigo no le sirvió:
el pobrete fracasó
con toda su diplomacia.
Ahora siento, y no por Blas,
lo sarcástica que he estado.
MATIL. ¿Pues por quien?
ROSA. Por el criado,
que vale mil veces mas.
Con él te dejo un ratito;
trátale bien. Mientras voy
á ver si acaba Blas hoy,
no se nos muera de ahito.
- ESCENA VI.
MATILDE Y BLAS.
- BLAS. Por Dios que saber quisiera (*Aparte.*)

lo que las dos han hablado
¿si habrán tal vez penetrado
nuestra intriga? ¡Bueno fuera!
Por si acaso prevenido
me encontrará la primita.

MATIL.

Gil.

BLAS.

¿Qué mandais, señorita?

MATIL.

¿Cómo estais tan distraido?

BLAS.

Estaba admirando á fé
tanta y tanta flor preciosa.

MATIL.

¿A que preferis la rosa?

BLAS.

Es verdad.

MATIL.

Me lo pensé.

BLAS.

¿Qué flor de las del jardín
tendrá su aroma y colores?

MATIL.

Tal vez los tengan mejores
los claveles y el jazmin.

BLAS.

Eso va en gustos.

MATIL.

Los hombres
son locos, y es muy frecuente

ver muchos que solamente
se suelen pagar de nombres.

Puede ser que aquesa flor

os parezca mas hermosa

mas bien por llamarse rosa

que por su gentil color.

BLAS.

Aquesto me huele á celos, (*Aparte.*)
á envidia ó á cosa tal.

MATIL.

Mas ya veis que paga mal
esa flor vuestros desvelos.

BLAS.

Nada por ella intenté!

MATIL.

Es que al que tocarla quiere
con sus agujones hiere.

BLAS.

Pues tampoco la toqué,
ni me pasó tal manía

jamás por el pensamiento
por que hasta con él aliento

ofenderla temeria.

MATIL.

Mas como os llegó á agradar
y os pareció la mas bella
quisisteis tambien que aquella

- luyese el mejor lugar.
Mal premió tantos afanes
la rosa que os enagena.
- BLAS.** ¿Si, eh? ¡Pues la Magdalena (*Aparte.*)
está para tafetanes!
- MATIL.** Que al fin calabazas son
las que mi prima os ha dado.
- BLAS.** ¿A mi?
- MATIL.** ¿Qué no habeis cobrado
el tanto de comision?
No tiene excusa ese olvido,
que el lauro ú honor que alcance
mi primo Blas de este lance
á su fámulo es debido.
Y sean diez, ciento, mil
las calabazas ó mas,
la mitad es para Blas,
la otra mitad para Gil.
- BLAS.** Grandemente se ha picado, (*aparte.*)
pero en fin nada sospecha;
hagamos pues la deshecha,
y tanteemos el vado.
El desengano que toco,
señorita, en tal momento
por mi amo solo lo siento,
no por mí, que valgo poco.
Sin embargo en este instante
una esperanza me anima.
- MATIL.** ¿Y cuál es?
- BLAS.** Que si una prima
desdeñó su ruego amante,
otra será mas piadosa.
- MATIL.** Cuidad no os equivoqueis,
Gil.
- BLAS.** ¡Oh! no, me pareceis
ser tan buena como hermosa.
- MATIL.** Ceder no debo, os lo aviso,
pues tras lo que aquí pasó
mi prima dirá que yo
tomé lo que ella no quiso.
- BLAS.** Es cuestion de vanidad: (*aparte.*)

dejara de ser mujer.
¿Conque en fin?... (á ella.)

MATIL. No puede ser.

Aunque á decir la verdad,
Rosa á Blas no conocia
y ya de él se desviaba.

BLAS. ¿Y en qué razon se fundaba?

MATIL. En una loca mania:
se le ha puesto en la cabeza
que la dicha en la virtud,
el talento y la salud
consiste, no en la riqueza.

BLAS. ¿No sois de su parecer
por lo visto?

MATIL. No señor:
la desventura mayor
en el mundo es no tener.
Al saber no infero agravio,
mas ¿quien de un pobre hace aprecio?
Vale mas ser rico y necio
que ser uno un pobre sabio.

BLAS. ¿No llevo en esto razon?
Dispense vuestra belleza
que le diga con franqueza
que no soy de su opinion.

MATIL. Por eso simpatizado
con mi prima Rosa habeis:
ved la suerte que os perdeis
por ser un pobre criado.
Un matrimonio excelente
hubiérais hecho los dos
por que ella os apreciá á vos
como vos á ella igualmente.

BLAS. ¿Es cierto? ¡Feliz estrella!
Yo bendigo....

MATIL. Loco estais
¿Pues por ventura olvidais
quien sois vos y quien es ella?

Quien es
Blas Cuadrado

ESCENA VII.

LOS MISMOS GIL, VICENTE y ROSA.

- BLAS. ¡Ay amigo! Soy feliz. (*Hablan los dos.*)
GIL. Y yo no. (*Aparte.*)
BLAS. ¿Pues que ha pasado?
GIL. Que Rosa no me ha dejado
comer mas que una perdiz.
BLAS. ¡Cuan hermosa me parece!
¿Verdad que es encantadora?
GIL. Chilladle la gracia ahora
que por cierto lo merece.
BLAS. Ella me ama y yo la adoro.
MATIL. Esto ya no es tolerable, (*Que se ha ido acercando hasta oírles.*)
Vicente, ese miserable
amengua nuestro decoro:
ama á Rosa.
ROSA. ¿A mí?
BLAS. Si tal;
y que soy correspondido
de tu labio lo he sabido
MATIL. ¡Me tutea!
GIL. No hay gran mal.
MATIL. ¿Quien vió tal cinismo, quién?
GIL. ¿Pero están enamorados?
Dios los haga bien casados
por siempre jamás amen.
Que os tutea ¡que aspavientos!
¡pues vaya una cosa rara!
¡fuera bueno que gastara
con sus primas cumplimientos!
MATIL. }
ROSA. } ¿Sus primas?
VICENTE. }
GIL. De ello respondo.
VICENTE. ¿Pus no es este tu criado?
GIL. No tal.
MATIL. ¿Quién es?
BLAS. Blas Cuadrado.

- GIL. Y un servidor, Gil Redondo.
- ROSA. ¿Mas qué enredo es este en fin,
y cuál de él la causa fué?
- BLAS. Ahora mismo os lo diré:
cerca de aquí hay un jardin...
- GIL. Ahí en los Carabancheles.
- BLAS. Que entre mil flores preciosas
tiene hermosísimas rosas
y bellísimos claveles;
queriendo elegir yo...
- MATIL. Cesa.
- ROSA. ¿Mas por qué?
- MATIL. Blas si es discreto
debe guardar un secreto
que á otros tambien interesa.
- VICENTE. ¿Con que sabes tú esa historia?
- MATIL. Si, y que con tal ocasion
alguien llevó una leccion
de que siempre hará memoria.
- BLAS. ¿Guardará resentimiento?
- MATIL. No, Blas, porque au nique le duele
tal leccion, sabe que suele
ser muy sano el escarmiento.
- VICENTE. Pues Matilde por lo visto (A Blas.)
de todo enterada está;
nada quiero saber ya
y en preguntarte no insisto.
Ahora tu arribo feliz
de nuevo celebraremos.
Vengan los brazos (le abrazan todos) y entremos.
- GIL. Aun quedá allí una perdiz,
que escapó de mis quijadas;
pero antes que os la comais
será bueno que pidais
al público dos palmadas.



UN POETA SIN SABERLO.



ACTORES.

- EL DUQUE DEL BERRO.
- CASIMIRO, *su amigo.*
- MARCIAL, *criado del Duque.*
- PEDRO, *id. id.*
- ANTONIA, *ahijada de la Duquesa viuda del Berro.*
- JOSÉ, *criado del Duque.*

El teatro representa una sala decentemente amueblada y que sirve de paso á otras habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

MARCIAL Y PEDRO.

PEDRO. Pero, Marcial.

MARCIAL.

No te canses:
no quiero estar ni un momento
mas aquí.

- PEDRO.** ¿Pero por qué?
- MARCIAL.** Porque estoy hasta los pelos de esta casa, de sus amos y de cuantos viven dentro.
- PEDRO.** ¿Tan mal te tratan?
- MARCIAL.** No á fé.
- PEDRO.** ¿No ganas aquí buen sueldo?
- MARCIAL.** En cuanto á eso gano mas de seguro que merezco.
- PEDRO.** Pues el trabajo no es mucho.
- MARCIAL.** Tú no hablas de veras, Pedro. ¿Te parece á ti que es poco tener que sufrir á un necio?
- PEDRO.** Mas cuando el necio es un duque, y á mas de duque opulento y buen mozo.
- MARCIAL.** Feo y pobre soy, que es ser dos veces feo, y no me cambio por él con belleza y con dinero. Si en su cabeza no guarda ni dos adarmes de seso. ¿Creeas tú que esta mañana buscar queria un maestro que enseñara el castellano á su caballo Lord-Beiron? Y no quiere que ninguno de la cuadra lo saquemos, pues como el bicho es inglés y que hace muy poco tiempo que de su tierra ha venido, afirma el Duque muy sério, que no entenderá palabra cuando nosotros le hablemos, y que siendo así, el montarlo es esponerse á gran riesgo.
- PEDRO.** Con eso demuestra el Duque que si le falta talento tiene muy buen corazon.
- MARCIAL.** Eso yo no se lo niego; mas no me gusta tampoco

que los hombres sean tan buenos.

PEDRO. ¿Cómo?

MARCIAL.

Está siendo el juguete
de un hipócrita perverso.

PEDRO. ¿Quién es ese?

MARCIAL.

Casimiro.

PEDRO.

Tú estás loco, ya lo veo;
pues si no hay mejor muchacho
bajo la capa del cielo:

generoso, compasivo

franco á la par que discreto;

si aun hay santos en el mundo

Casimiro es uno de ellos.

Todos en casa le quieren.

MARCIAL. Menos yo.

PEDRO.

Ya se está viendo.

MARCIAL.

En la boca del estómago

sentado siempre lo tengo;

no lo puedo digerir,

y de seguro reviento

como no logre decirle

las verdades del barquero.

PEDRO. ¿Pero, Marcial, qué motivos

MARCIAL.

Dios me entiende y yo me entiendo.

Decía que me marchaba;

ya no me marchó, me quedo.

Aun hay aquí dos personas

por las cuales me intereso

y á pesar que valgo poco

que he de serles útil creo.

PEDRO. ¿Quiénes son?

MARCIAL.

Tú eres la una.

PEDRO. ¿Y la otra?

MARCIAL.

Es un secreto.

PEDRO.

¿Secreto?

MARCIAL.

No lo sería

si yo dejara entreverlo;

por eso yo como tú (*Con intencion.*)

lo guardo cuando lo tengo

y procuro que los ojos

no descubran lo que siento

porque la verdad, amigo,
son sumamente indiscretos
y cuando está el corazón
poseído de un afecto
por mas que la boca calle
todo lo charlan ellos.

PEDRO. ¿Sabes tú?

MARCIAL. ¿Que amas á Antonia?

¿Y por dónde he de saberlo?

¿Me has dicho tú una palabra?

Muy guardadita en tú pecho

tienes tu pasión; con todo

no ha faltado y lo estás viendo

quien me enterase.

PEDRO. ¿Y quién fué?

MARCIAL. Tus miradas, majadero.

PEDRO. Mas por fortuna tú solo.

MARCIAL. Sí, que los demás son ciegos.

Pues sabe que hay aquí alguno

que á tí y á tu dulce dueño

mira con gafas azules

y con cristales de aumento.

PEDRO. ¿Y que quiere eso decir?

MARCIAL. Que hay quien ama y tiene celos.

PEDRO. Y ese rival...

MARCIAL. Periquito.

ya te he dicho que me quedo:

tú y Antonia sois la causa;

deja lo demás al tiempo

que él en el mundo es el solo

para descubrir secretos.

ESCENA II.

LOS MISMOS, EL DUQUE Y CASIMIRO.

DUQUE. Venid, amigos, venid. *(Saliendo con un papel en la mano.)*

CASIMI. ¿Qué ocurre, Duque?

DUQUE. Unos versos.

PEDRO. ¿Vuestros, señor?

DUQUE. Mios, mios.

MARCIAL. (Pues ya deben estar buenos.)
¿Con qué componeis?...

DUQUE. No tal:

MARCIAL. Como decís que son vuestros.

DUQUE. Mas no por que los he escrito.

MARCIAL. ¿Pues por qué?

DUQUE. Porque están hechos
para mí

MARCIAL. Ya, de ese modo.

DUQUE. No es que yo no sepa hacerlos;
soy discípulo de Estrada:
ya veis si con tal maestro
haría yo pentacrósticos
y acrósticos.

MARCIAL. (Y esperpentos.)

DUQUE. Solo que nunca entendí
lo del ritmo, lo del metro,
la cadencia, la asonancia,
la cesura, los acentos,
y otra infinidad de cosas
cuyos nombres no recuerdo.
Y sin embargo hice un drama
horripilante, tremendo,
mas que no se dió á la escena
por faltarle el argumento.

CASIMI. Poco en verdad.

DUQUE. Y tan poco

que si lo sé yo con tiempo
veinte argumentos le encajo
en *barbara*, *darü* y *ferio*.

Me acuerdo que el profesor
de lógica en el colegio
me decía: en silogismos,
Duque, sois de los primeros.

Pero dejando esto aparte
hoy me he encontrado estos versos
encima de mi bufete

CASIMI. ¿Y qué dicen?

DUQUE. Vas á verlo:
principia así: (*Leyendo*.) «A su escelerencia

el señor Duque del Berro,
Marqués de la Cava-baja
y del Barquillo.—Soneto.—

Permite insigne duque que me espante,
Y si aquesto no basta, que me atonte
Al ver que en cuanto abarca el horizonte
No hay grandeza á la tuya semejante:

Porque tú á no dudarlo vas delante
Del avestruz, camello, mastodonte,
Hipopótamo, atun, rinoceronte,
Ballena, megaterio y elefante.

Tú á todos los humillas y aun afrentas
Que aunque sean tambien fieles trasuntos
De muchas cualidades que tú ostentas

A tu lado, ya vivos, ya difuntos,
Son muy poco sus moles corpulentas,
Y eres más grande tú que todos juntos.»
¿Qué te parece? (*Representa.*)

CASIMI. En mi vida
vi mayor atrevimiento.

DUQUE. Se necesita en verdad
para componer sonetos:
son de lo más trabajoso.

CASIMI. El trabajo es lo de menos;
lo grande es que en vuestra casa
se os trate con tal desprecio
y que sea el que os insulte
acaso un criado vuestro.

DUQUE. ¿Criado mio?

CASIMI. ¿Quienes otros
entran aquí?

DUQUE. Pues es cierto

MARCIAL. ¿No entran tambien los amigos
del señor, vos, por ejemplo? (*á Casimiro.*)

DUQUE. Pues tambien dice verdad.

CASIMI. ¿Y cabe en tu entendimiento
que obre tan mal un amigo?

MARCIAL. No á fe, si lo es verdadero.
Mas ahí está lo difícil,
que en los dias que corremos
en amigos, como en todo,

- lo malo es más que lo bueno.
- DUQUE. ¿Sabes que el Marcial te puede? (*á Casimiro*)
y que te zurra bien recién.
- CASIMI. No, Duquesito, conmigo
no va lo que está diciendo;
yo descanso en mi conciencia.
- MARCIAL. Es un colchon estupendo
que cada cual suele hacerse
á medida de su cuerpo,
y por mas que peque de ancho
le acusan todos de estrecho.
- DUQUE. Pues el chiquito se enmienda!
- CASIMI. Vos teneis la culpa de ello:
dais alas á los criados
y así os faltan al respeto.
- DUQUE. Ya; ¿conque eso es faltarme?
Pero dime: si yo dejo
que tu á los pobres acuses,
sea ó no con fundamento,
¿impedir que se defiendan
podra nunca estar bien hecho?
- CASIMI. Teneis algunas ideas.
- DUQUE. ¿Quién yo ideas? Ni por pienso!
¿No fuera un tonto en pedir
á mi cabeza consejos
cuando hay otro que me dice
sin embolismos ni enredos:
no hagas tal cosa que es mala,
ejecuta esto que es bueno?
- CASIMI. ¿Quién es ese?
- DUQUE. El corazón,
que es el mejor consejero.
- CASIMI. ¿Y el corazón ahora os dice
que dejeis sin escarmiento
á aquel que os ha dedicado
tan insultante soneto?
- DUQUE. ¿Mas cómo saber quien es?
- CASIMI. No es tan difícil saberlo:
por la letra....
- DUQUE. Dices bien.
Arrímate tú aquí, Pedro.

- ¿Conoces estē carácter de escritura? *(Le da el papel.)*
- PEDRO. *(Lo examina)* No por cierto.
- DUQUE. ¿Y tú, Marcial? *(Toma Marcial el papel)*
- MARCIAL. Venga á ver.
(¡Gran Dios! ¿qué es lo que estoy viendo?)
- CASIMI. ¿No advertis que se ha inmutado? *(aparte al Duque)*
- DUQUE. Ya lo veo, ya lo veo. *(Idem.)*
Ese chico es de buen fondo,
aunque tiene muy mal genio:
ha visto que es parecida
esa letra á la de Pedro...
- CASIMI. Con que sospechabais...
- DUQUE. ¡Quia!
Ni sospeché, ni sospecho.
Vamos ¿al fin no conoces? *(á Marcial)*
- MARCIAL. Señor Duque, yo no encuentro...
- DUQUE. Bien está; mas vale así
rompe pronto ese soneto
y olvidese ya el asunto.
- CASIMI. Mas si conoceis al reo...
- DUQUE. ¿Yo de dónde?
- CASIMI. ¿No habeis dicho...?
- DUQUE. ¿El qué?
- CASIMI. Pues hace un momento
notábais la semejanza
de la letra.
- DUQUE. ¿Y qué tenemos?
Muy bien puede un hombre malo
parecerse á un hombre bueno,
como una letra á otra letra;
¿Pero qué se arguye de eso?
¿Que son uno los dos hombres,
ni que fué el mismo sujeto
quien las letras escribió?
- CASIMI. Si uno se empeña en ser ciego.
- DUQUE. Pues mira, yó abro los ojos;
y ¿sabes qué es lo que advierto?
que entre ser y parecer
hay distancia; así prefiero

errar fiando en los malos
que dudando de los buenos.

CASIMI. Eso ya es mucha bondad.

DUQUE. Pues si es bondad no hay escoses.
que lo bueno nunca daña.

CASIMI. Viciosos son los extremos.

DUQUE. ¿Tú eres de aquellos que dicen:
la virtud está en un medio?

CASIMI. ¿Y no es verdad?

DUQUE. No señor,
ni es verdad ni puede serlo;
y no soy yo quien lo dice.

CASIMI. ¿Pues quien?

DUQUE. Un librote viejo
que lo mismo que oro en paño
conservaba mi maestro.

CASIMI. Lo escribiría tal vez
algun filósofo griego.

DUQUE. Es probable.

CASIMI. ¿Y se llamaba?

DUQUE. Cantares de un calesero.

CASIMI. ¿Qué decis?

DUQUE. Oye unos cuantos
que en la memoria conservo.

La gente me critica
porque pretendo
a la Venus de Chipre
siendo tan feo.

¿Acaso ignoran
que, en todo, los extremos
siempre se tocan?

Del marfil, niña hermosa,
nunca te pagues,
y menos todavía
del azabache.

Yo soy moreno,
y la virtud ya sabes
que está en un medio.

Pero no te se olvide
que á veces, niña,
esos términos medios

nos mortifican:

Pues cosa es cierta
que entre amor y ódio se halla
la indiferencia.
¿Qué te parece?

CASIMI. Muy bien.

DUQUE. Pues vente á dar un paseo.

CASIMI. Vamos.

DUQUE. Antes en el cuarto

de mi abuelita entraremos. (*Yéndose.*)

CASIMI. (*Así veré á la Antoñita.*)

Pasad vos. (*al Duque en el bastidor.*)

DUQUE. Sin cumplimientos. (*cogiéndose del brazo.*)

ESCENA III.

MARCIAL Y PEDRO.

PEDRO. ¡Estás, Marcial, azorado!

MARCIAL. ¡Y tú te encuentras tan fresco!

PEDRO. ¿Pues yo por qué?...

MARCIAL. La verdad:

tú has escrito este Soneto.

PEDRO. ¡Yo? ¿qué dices?

MARCIAL. Es tu letra.

PEDRO. ¿Cómo?

MARCIAL. Niégalo (*dándole el papel.*)

PEDRO. (*Después de dársele*) En efecto,

es bastante parecida,

pero no es mía.

MARCIAL. ¡Ah! Sospecho

quien es el infame autor

de aquesta intriga.

PEDRO. ¿Y qué objeto ..?

MARCIAL. El hacer que de los Duques

te enagenes el afecto

y que te arrojen de aquí.

PEDRO. Pero, Marcial, no comprendo..!

MARCIAL. ¿No te decia hace poco

que hay quién de ti tiene celos?

Pues obra de ese rival

deben de ser esos versos;
probable es que el mismo Duque
desconfie de ti, Pedro,
pues él conoce tu letra
y si ahora porque es bueno
nada te ha dicho, otro día
logrará el otro su empeño.

PEDRO. ¿Y quién es?

MARCIAL. Aquí está Antonia.
Ya te lo diré Silencio.

ANTONIA. Marcial, la señora llama *(Saliendo)*

MARCIAL. Voy al instante. Hasta luego. *(A Pedro)*

ESCENA IV.

ANTONIA Y PEDRO.

ANTONIA. ¡Qué cara tiene usted hoy!
¿Se le ha pegado el mal genio
de Marcial? Mas no, ya caigo:
pálida faz, torvo ceño
son de lo hijos de Apolo
ditintivos. ¡Buen secreto
le guardaba!

PEDRO. ¿Sabe usted
Antoñita?

ANTONIA. ¿Con qué es cierto?
Casimiro á la Duquesa
se lo estaba ahora diciendo;
y en verdad que es muy extraño
que componga un hombre versos
y no lo sepa su novia.

PEDRO. Pero...

ANTONIA. Es usted muy modesto.

¿Piensa acaso que nosotras
el análisis hacemos
de los versos que inspiramos?

Ya estaban ustedes irescos.

Lo que á nosotras nos gusta

y nos halaga en extremo

es saber que se nos quiere

y jamás nos es molesto
que se nos diga y repita
que inspiramos tal afecto
de palabra, ó por escrito,
lo mismo en prosa, que en verso,
que en la materia está el todo
y la forma es lo de menos:
la poesía nunca falta
cuando sobrá el sentimiento.
Vamos enseñeme usted
ese parto de su ingenio.

PEDRO. Pero, Antonia; sino esmío,
ni yo he escrito ni compuesto
siquiera un verso en mi vida.

ANTONIA. ¿Sabe usted que ese misterio
se me hace ya sospechoso?

PEDRO. No aumente usted mis tormentos
con sus injustas sospechas.
Vea pues ese Soneto *(dándole el pap*
y dígame si es posible
que el que mereció su afecto
de tal manera faltase...

ANTONIA. ¿Con que es al Duque del Berro *(Después de ha-*
ber leído el principio)

y no á mí á quien se dedican
las primicias de ese plectro?
Casi debiera encelarme,
mas me guardaré de hacerlo,
que lo mismo usted que yo
una gran deuda tenemos
de gratitud con los Duques.
Yo cuanto soy se lo debo
á la señora Duquesa:
ella es para mí en efecto
mas que madrina una madre;
hoy mismo sin ir mas lejos
una prueba he recibido
de su amor. Hace algun tiempo
que el Duquesito venía
trabajando con empeño
para hacer qué se le diese

á Casimiro el empleo
de administrador vacante.

PEDRO. Y lo merece por cierto,
que es un jóven muy honrado,
de instruccion y de talento,
y de muy buena familia
pero que ha venido á ménos
por azares ó caprichos
de la fortuna.

ANTONIA. Y bien, Pedro,
la Duquesa se ha negado
á complacer á su nieto;
y como hoy la preguntára
por qué á un jóven que es tan bueno
le negaba ese destino,
me contestó: «Lo reservo
para regalo de boda
de una niña que yo quiero;
ya le he dado al Duquesito
noticia de mis proyectos
y no ha de volver á instarme;
por Casimiro lo siento;
pero ¿qué se le ha de hacer?
lo primero es lo primero».
La alusion está bien clara,
y ya vé usted si debemos
mostrarnos agradecidos:
por lo mismo no me ofendo
de que dedique..

PEDRO. Antoñita,
cien veces á decir vuelvo
que nunca he sido poeta.

ANTONIA. Sin embargo, este Soneto...

PEDRO. No es mio.

ANTONIA. ¿No? Pues la letra
es de usted, bien se está viendo (*Leyendo*)

PEDRO. Es parecida.

ANTONIA. ¡Qué gracia! (*Idem.*)
pero,.. ¡Jesús!... ¿Qué es aquesto?
¡Qué desvergüenza!...

PEDRO. Mirad...

ANTONIA. Calle usted, hombre perverso,
No quiero verle ni oírle.
Ya no me admira el empeño
con que negaba ser suya
esta diatriba.

PEDRO. Y lo niego.

ANTONIA. ¡Pues no faltaba otra cosa
sinó que os jactáseis de ello!
En fin nuestras relaciones
para siempre concluyeron.

PEDRO. Usted me asesina, Antonia.

ANTONIA. No señor, yo le desprecio,
que otra cosa no merece
quien hace gala de ingenio
para ofender á los mismos
que le están favoreciendo.
La ingratitud es el crimen
mas abominable y feo
que haber pudo jamás
en ningun humano pecho.

PEDRO. Esto es atroz.

ESCENA V.

LOS MISMOS Y JOSÉ.

JOSÉ. Señorita,
aquí tiene usted este pliego *(entregándole uno bastante abultado)*.

ANTONIA. ¿Para mí?

JOSÉ. Eso dice el sobre.

ANTONIA. ¿Quién lo ha traído?

JOSÉ. El correo.

ANTONIA. ¿Pero quién podrá escribirme?

JOSÉ. Es muy fácil el saberlo.

Se abre la carta, se lee...

ANTONIA. No sé yo si abrirla debo
ó llevarla á la Duquesa

JOSÉ. Señorita Antonia, en eso
usted hará lo que guste
yo á mi obligacion me vuelvo.

(No sabe la pobrecilla (Yéndose.)
la fiesta que viene dentro;
en cuanto guipe, de fijo,
va á haber un pronunciamiento.)

ESCENA VI.

ANTONIA Y PEDRO.

- ANTONIA. Yo me decido: Veamos. (*Rompe el sobre.*)
una esquila y otro pliego
cerrado. Leamos la esquila:
«Un hombre falso. ¿Qué es esto?»
á usted y á mi nos engaña.»
- PEDRO. ¿Qué diablos está leyendo?
- ANTONIA. «De su infamia ahí van las pruebas.»
No dice mas.
- PEDRO. ¿Otro enredo?
¿Qué hombre es ese de quien habla?
- ANTONIA. Pues ahora vamos á verlo. (*abre el otro pliego,
y saca diferentes papeles que va repasando*)
¿Esto qué es? un romance.
- PEDRO. ¿De los que venden los ciegos?
- ANTONIA. No sé; la letra es de usted.
- PEDRO. ¿Mia?
- ANTONIA. Sí y la firma «Pedro.»
«A mi adorada Dolores. Oda.»
- PEDRO. ¿Aun hay más? Vamos yo pierdo
el juicio de esta hecha.
¿Qué Dolores del infierno
es esa?
- ANTONIA. Usted lo sabrá.
«A Dolorcita, Soneto.»
- PEDRO. ¿Otro? ¡Jesús!
- ANTONIA. Pues no hay mas, (*recorriéndolos*)
Todo el paquete son versos
del mismo para la misma.
Tome usted (*Entregándole los papeles.*)
- PEDRO. ¿Mas yo qué tengo...?
- ANTONIA. Si esto ne es mio, Antoñita.
- ANTONIA. No se cause usted le ruego

en disculparse; á mi nada
me interesan sus enredos.
Vaya y cante á su Dolores
cuanto guste: buen provecho.
En vez de envidiar su suerte
le doy mil gracias al cielo
de no haber sido la esposa
de un hombre de tanto mérito;
déla usted mil expresiones
y dígala que la quedo
sumamente agradecida
por que me avisó con tiempo.
(Rabiando estoy por llorar
y si no me voy reviento.
He aquí lo que son los hombres,
se nos venden por corderos
y son lobos. ¡Tonta! ¡tonta
la muger que fía en ellos!)

ESCENA VII.

PEDRO. Y DESPUES MARCIAL.

PEDRO. Pues señor, me he divertido.
¿Quién sería el majadero
inventor de la poesía?

MARCIAL. Algun loco. *(Saliendo.)*

PEDRO. Por supuesto,
pero que me ha fastidiado.

Mira, Marcial, cuánto verso, *(Dándole los papeles)*

MARCIAL. ¿Y todos son tuyos chico?

PEDRO. Lo mismito que el soneto.

MARCIAL. ¿Y quién es esta Dolores? *(Leyendo)*

PEDRO. ¿No lo sabes?

MARCIAL. No por cierto.

¿Yo de donde...?

PEDRO. ¿Y á mí cuándo
me ha ocupado el pensamiento
otra muger mas que Antonia?
Sin embargo ella da crédito
á esas patrañas.

- MARCIAL. ¿Pues qué?
¿Ella sabe?
- PEDRO. Ya lo creo.
Si venía dirigido
ese infernal mamotreto
á su nombre. Mira, lee. (*mostrándole el sobre.*)
- MARCIAL. ¿Y quién lo trajo?
- PEDRO. El correo.
- MARCIAL. No es verdad.
- PEDRO. ¿Cómo que no?
- MARCIAL. El sobre no tiene sello.
- PEDRO. Así lodijo José.
- MARCIAL. ¿Anda José en el enredo?
¿pues ya tenemos un cabo.
- PEDRO. ¿Qué dices?
- MARCIAL. Y no lo suelto.
Llama á José.
- PEDRO. Voy al punto. (*Vase.*)
- MARCIAL. De esta hecha sin remedio
logro arrancar la careta
á ese picaro embustero.

ESCENA VIII.

PEDRO, JOSÉ y MARCIAL.

- JOSÉ. (¿Qué querrán estos moscones?)
- MARCIAL. ¡Ola, José!
- JOSE. ¿Que hay de bueno?
- MARCIAL. Nada, en cambio hay mucho malo.
- JOSÉ. No piensan así los médicos.
(Pues el principio promete)
- MARCIAL. Ya sabes tú que te aprecio,
- JOSÉ. Esa es la primer noticia
que de tu cariño tengo;
mas aunque tarde la sepa
no me regocija ménos.
(Listo, Pepe, que este tuno
te quiere meter los dedos.)
- MARCIAL. Pues señor malos papeles
tienes, José, ¿Verdad, Pedro?

PEDRO. Ya se vé, malos muy malos.
(No sé lo qué está diciendo.)

JOSÈ. Pero están ustedes locos?

MARCIAL. ¡Pobrecillo! ¡qué lo siento!
por que no eres mal muchacho
á pesar de tus defectos
¿Quién te ha metido á poeta?

JOSÈ. ¿Yo poeta?

MARCIAL. ¿Verdad, Pedro?

PEDRO. Si tal, compone muy bien.
(Jamás de él he visto un verso.)

JOSÈ. Vamos ¿quereis marearme?

MARCIAL. No tal.

JOSÈ. Pues si yo no entiendo
de poesía una palabra.

MARCIAL. ¿Y eso qué importa?

JOSÈ. ¡Me alegro!

¿sin saber hacer zapatos
puede uno ser zapatero?

MARCIAL. ¿Pues no hay doctores sin ciencia?

Sobre todo ahí está Pedro
que tanto como tú sabe
y á porrillo echa los versos
y el Duque que hasta hace dramas
de los que erizan el pelo.

En cuanto á ti en valde niegas
que eres tú quien ha compuesto
estas poesías. Al Duque
se lo ha dicho ahora en secreto
Casimiro.

JOSÈ. Miente ese hombre.

¿Es eso lo que el cartero
trajo esta mañana?

MARCIAL. No,

por que hoy no ha habido correo
para acá: son los papeles
que en este mismo aposento
diste á Antoñita hace poco.
El Duque tuvo recelo
de que fuese Casimiro
el autor de tanto enredo,

- pero aquese su inocencia
logró probar por completo
é hizo ver que sobre ti
debe descargarse el peso
de la justicia.
- JOSÉ. ¿A qué santo?
- MARCIAL. Como que aquí no hay mas reo
que tú.
- JOSÉ. Me estan dando ganas
de encajarme ahora allá dentro
y arrancarle las orejas
al Casimiro
- MARCIAL. Mal hecho;
del presidio no te libras
por falsario; mas si á eso
se añaden lesiones graves
tienes que hacer para tiempo.
- JOSÉ. Es que á presidio no voy.
- MARCIAL. Gustoso, ya lo comprendo.
- JOSÉ. Ni con gusto, ni sin gusto
cargo yo con el mochuelo:
el que la hizo que la pague.
¡Pues, hombre, verme yo preso
sin delito, y con cadenas
no de oro sinó de hierro!
- MARCIAL. No tienes escapatoria.
- JOSÉ. Es que yo me espontané
y digo que es muy verdad
el que esta mañana he puesto
en el bufete del Duque...
- PEDRO. ¿Cómo?
- MARCIAL. Calla, majadero. (á Pedro)
Lo mismo que Casimiro
al Duque estaba diciendo.
- JOSÉ. ¿Mas porqué no le decía
que él tambien me dió esos versos
y que todo es obra suya
á ver si por ese medio
le soplabá á este la novia
y se calzaba el empleo
de administrador del Duque?

- MARCIAL. Cuanto dices será cierto,
mas si no puedes probarlo
estás perdido.
- JOSÈ. Sí puedo.
- MARCIAL. No es posible
- JOSÈ. ¿Cómo no,
cuando en mi poder conservo
borradores de su puño
y letra?
- MARCIAL. Sí, por supuesto!
- JOSÈ. Los van ustedes á ver.
- MARCIAL. ¡Quiá!
- JOSÈ. ¡Canario! voy por ellos.
¡Pues no faltaba otra cosa! (Yéndose.)
¿Yo á presidio?

ESCENA IX.

PEDRO y MARCIAL.

- MARCIAL. ¿Lo estas viendo?
Dime ahora que Casimiro
es un muchacho tan bueno,
que es un santo.
- PEDRO. Me llevé
el chasco mas estupendo;
pero no concibo el cómo
llegaste tú á conocerlo:
hasta aquí en todos sus actos
fué irrepreensible.
- MARCIAL. Me quemo
al mirar cuan fácilmente
se os engaña. Yo primero
desconfío de semblantes
á todas horas risueños,
que eu el mundo es mas comun
que la dicha el sufrimiento,
y todos mientras vivimos
poco ó mucho padecemos:
para un goce hay mil pesares,
para un placer mil tormentos;

la risa siempre en los labios
es un sarcasmo perpetuo.
Además entre los hombres,
todos, cual más ó cual ménos,
no somos mas que un conjunto
de flaquezas y defectos,
pero el mayor es sin duda
querer pasar por perfecto,
no hagamos del vicio gala,
mas aunque con él luchemos
y alguna vez le venzamos
no pretendamos por eso
ser mas que hombres, que impecable
no lo es más que Dios del cielo;
y el que por tal pasar quiere
es hipócrita ó soberbio,
que es lo mismo que decir:
ó es un malvado ó es un necio.
Aquí viene con el Duque (*mirando adentro.*)
y con Antonia. Veremos
de dar á ese mogigato
el merecido escarmiento.

ESCENA X.

LOS MISMOS, EL DUQUE, ANTONIA Y CASIMIRO.

- DUQUE. Vamos, aquí está el poeta.
Si supieras mal sugeto (*á Pedro*)
el trabajo que ha costado
templar á la abuela.
- PEDRO. ¿Luego
sabe ya?
- DUQUE. Si Casimiro
fué tan tonto y majadero
que desde el principio al cabo
le relató tu soneto
sin quitar punto ni coma.
- MARCIAL. ¡Qué memorion tan tremendo!
una vez sola lo oyó,
y se le quedó ya impreso.

- DUQUE.** Pues tienes razon, Marcial,
no le había yo descubierto
tal cualidad.
- CASIMI.** (Torpe anduve)
- DUQUE.** ¡Qué mucho, si en el colegio
cuando le prestaba algo
se olvidaba devolverlo!
Era la peor memoria....
- CASIMI.** Me sourojais.
- DUQUE.** No por cierto.
¿Es estraño por ventura
el que uno tenga un defecto
cuando no depende de él
el tenerlo ó no tenerlo?
¿Habrá quién quiera ser sordo,
jorobado, mudo, ó tuerto?
Si alguno tiene estas faltas
no es por su gusto.
- CASIMI.** De hecho.
- DUQUE.** Pues tú tampoco serías
desmemoriado de intento.
- MARCIAL.** Es probable, ¿Y la señora
qué juicio formó?
- DUQUE.** Perverso;
mas no debes agraviarte, (á Pedro)
por que la verdad es, Pedro,
que la abuelita no entiende
de poética ni esto.
Pero lo peor del lance
es advertir con que empeño
afirma que es un malvado
el autor.
- MARCIAL.** Asi lo creo.
- DUQUE.** No soy yo de tu opinion
por que he visto hombres muy buenos
que hacían versos muy malos,
y por el contrario vemos
todos los días á alguno
que no es malo sinó pésimo,
inmoral y corrompido
y que hablando y escribiendo

envidia diera á Cervantes
y á los mas nobles ingenios.
Por fin se ablandó la abuela
y á fuerza de muchos ruegos
consintió que en casa quedés....

PEDRO. Es bondadosa en extremo
DUQUE. Mas con una condicion:

la de que no escribas versos.

PEDRO. Puede vivir descuidada.

ANTONIA. Debierais contarle á Pedro....

DUQUE. Tienes razon. ¿Tú no sabes
que muy prontito tendremos
boda en casa?

PEDRO. ¿Qué decís?

DUQUE. Que ha pedido en casamiento
á la Antonia Casimiro;
abuelita y yo seremos
los padrinos.

PEDRO. Imposible.

DUQUE. ¿Por qué?

PEDRO. Por que yo no quiero,
que esa boda se efectue.

CASIMI. Pues no es poco impedimento.

MARCIAL. Acaso mas que parece.

DUQUE. ¿Estais locos?

PEDRO. Nada de eso:

Antoñita sabe...

ANTONIA. Sí,

que no merece mi afecto
quien de desleal dió pruebas
á su amada y á sus dueños;
quien compuso...

ESCENA XI.

Los MISMOS Y José

JOSÉ. *(Saliendo con unos papeles)* Yo no he sido,

DUQUE. Pues, señor, esta se ha vuelto
una casa de dementes.
hasta José...

- JOSÉ. Yo lo siento
mas á pagar culpas de otro,
señor Duque, no me avengo.
- DUQUE. ¿Quién te acusa?
- MARCIAL. (tomando los papeles.) Casimiro.
- CASIMI. ¿Yo de qué?
- JOSÉ. De haber compuesto
los versos á la Dolores
y al señor Duque el soneto.
- CASIMI. (¿Que es lo que dice este bruto?)
- MARCIAL. No es á ti
- JOSÉ. ¿Cómo?
- MARCIAL. Es á Pedro.
- JOSÉ. Entonces esos papeles...
- MARCIAL. El señor Duque va á verlos. (Dáselos)
- CASIMI. (¿Qué miro? mis borradores.)
- DUQUE. La letra es tuya (á Casimiro.)
- MARCIAL. Si, cierto,
Antoñita vea usted
si no son esos los versos
que dedicaba á Dolores
mi buen amigo.
- ANTONIA. (Mirándolos.) En efecto
- DUQUE. Y este es, mira, el borrador
del sonetito.
- CASIMI. (Reniego
de mi sino.)
- JOSÉ. (¿Qué tunantes!
Me engañaron como á un negro.)
- DUQUE. Casimiro, me parece
que harás muy bien no volviendo
á pisar mas esta casa
- CASIMI. ¿Y vais á tomar á pechos
una broma?
- DUQUE. Lo será;
sin embargo es de mal género
Por lo pronto se deshace
el proyectado himeneo
pues no querrá la abuelita.
- ANTONIA. Ni yo tampoco.
- DUQUE. ¿Estás viendo?

Consiente en quedar sin novio.

MARCIAL. Lo tiene hace mucho tiempo.

DUQUE. ¿A que es este? (señalando á Pedro.)

MARCIAL. Lo acertásteis.

DUQUE. ¿Lo acerté? ¿Sí? Pues me alegro.

Venid. Adios, Casimiro. (vase)

ANTONIA A Dios. (id.)

PEDRO. Agur (id.)

MARCIAL. Hasta luego (id.)

JOIÈ. Mal le salió á uste el negocio. (id.)

CASIMI. Idos todos al infierno
¡Cómo se burlan de mí!
Mas merecido la tengo. (Vase con furia)



DON JUAN DE CASTILLA.

ACTORES.

DON JUAN DE CASTILLA.
 EL INFANTE.
 MARTIN LOPEZ.
 ALFONSO, CONDE DE GIRON.
 PEREZ DE AYALA.
 BEATRIZ.
 LEONOR.

Jóvenes de 16 á 17 años

La accion pasa en Toledo en 1373. El teatro representa una espesa arboleda á orillas del Tajo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN Y MARTIN.

D. JUAN ¿Es aqueste el sitio?

MARTIN. Si.

¿No le conoceis?

D. JUAN. No á fé.

¿Qué quieres? Mirar no sé
cuando ella se encuentra aquí
sino su garbo y primor,
y nada en el mundo veo
si burlando mi deseo
no aparece mi Leonor;
que es su brillante hermosura
para mí el astro del día,
y sin ella el alma mía
vive siempre en noche oscura.

MARTIN. ¡Ay, Don Juan, mucho la amais!

D. JUAN. ¿Y eso te pesa, Martín?

MARTIN. Claro, señor, por que al fin
por siempre á perderla vais.

D. JUAN. A comprenderte no atino.

MARTIN. Ni yo sé como os lo explique:
vuestro tío Don Enrique....

D. JUAN. ¿Qué pretende ese asesino?

¿aun no se sació su encono?

¿Quiere acaso ahora mi vida?

MARTIN. No, Don Juan, pero no olvida
que herederos de ese trono,
que debió mas que á sus manos
á los infames aceros
de bandidos extranjeros
y traidores castellanos,
en las córtes de Sevilla
y con grandes regocijos
fueron jurados los hijos
de Don Pedro y la Padilla
y cuando el mayor rindió
el cuello á la parca insana
al hijo de Doña Juana
tambien se reconoció;
por eso aunque al portugués
tiene á raya y á Inglaterra,
siente Enrique que la tierra
vacila bajo sus piés,

y en torno de su persona
vé mil sombras por su mal
que ó le clavan el puñal
ó le arrancan la corona.

D. JUAN. Y entre, las sombras que inventa
su turbada fantasía
vé el traidor la sombra mía;
sin motivo se amedrenta;
que aunque implacable el destino
con sus rigores me humilla
no será Juan de Castilla
ni verdugo, ni asesino.
Así en mis males iusanos
tendré siempre el gran consuelo
de poder aizar al cielo
limpias de sangre las manos,
sin que vengau con frecuencia
á exarcebar mis dolores
los gritos aterradores
de una criminal conciencia.
De Enrique el poder no envidio,
ni su corona ambiciono;
sintiera ocupar un trono
que manchó ya el fratricidio.
En fin, dí, ¿qué es lo que hoy
puede el Rey de mi temer?
¿No me tiene en su poder?
¿su prisionero nó soy?

MARTIN. Cuanto decís es verdad
pero quiere Don Enrique
evitar que se critique
en Castilla su crueldad.

D. JUAN. Vamos, Martín, tú te excedes
llevado del amor mio.
¿No llama el mundo á mi tío
Enrique el de las Mercedes?
¿No es compasivo y humano?
Cierto que fué fratricida,
mas también dejó con vida
á los hijos de su hermano.
Debilidad é inocencia

solo en ellos encontró,
y ya véis, no los mató.
¿Puede darse mas clemencia?
Y los trajo en su compañía
de duros hierros cargados
y cual fieras enjaulados;
esto lo vió toda España,
Sus constantes defensores
trágica muerte sufrieron.
es verdad ¿mas por qué fueron
fieles en vez de traidores?
De Enrique la vanidad
harto padeció en Carmona
cuando el Bastardo en persona
puso cerco á la ciudad.
En dos años su porfia
no venció al de Calatrava
que á los huérfanos guardaba
y á Carmona defendía.
Pero tal baldon al fin
bien vengó el que usurpa el trono
sacrificando á su encono
á tu buen padre, Martin.
Aquesto bien se te alcanza
que no fue sinó justicia.

MARTIN. ¿Cómo?

D. JUAN.

La humana malicia
da este nombre á la venganza.
Ello es que Castilla entera
testigo es de su bondad
y al tacharle de crueldad
injusta en extremo fuera.
Cruel lo fué tan solo un rey:
el que al noble y al pechero
los llevó por un rasero
y rigio con igual ley,
el que, Sevilla es testigo,
si un delito cometió
aun cuando rey consintió
se publicase el castigo,
y para hacer mas notoria

su justicia siempre igual
la efigie del criminal
eternizó su memoria.
Tal fué D. Pedro primero,
ese rey á quien la fama
cruel unas veces llama,
y otras veces justiciero;
á quien los hados tiranos
paz negaron en la tierra
pues le hicieron cruda guerra
hasta su madre y hermanos,
y á quien la traicion infiel
y la ambicion coligadas
mataron á puñaladas
en los campos de Montiel.

MARTIN. Borrada de la fantasia
tal recuerdo.

D. JUAN. Ya he querido,
mas mi corazon herido
llora sangre todavia.

MARTIN. Pues Enrique resolvió
que del mundo os retireis
y en la soledad entreis
de un claustro mañana.

D. JUAN. ¿Yo?
Pero tú sabes de mas
cuanto á mi Leonor adoro;
que es mi vida, mi tesoro....

MARTIN. Renunciad á ella.

D. JUAN. Jamás.

MARTIN. Mas, D. Juan, ¿con vuestro tio
cómo podreis luchar vos?

D. JUAN. ¿Y cómo daré yo á Dios
un corazon que no es mio?
Mil veces mejor la muerte
que obedecer al tirano.

MARTIN. Mirad que es empeño vano
querer luchar con la suerte.

D. JUAN. Yo afrontaré su rigor
y rompere mis cadenas;
lo que no hicieron las penas

lo ha de lograr el amor.

MARTIN. ¿Como?

D. JUAN. Huyendo.

MARTIN. ¿De qué modo?

D. JUAN. Ni aun lo sé, mas si mi bella

quiere seguirme, por ella
yo sabré arrostrarlo todo.

No conoces el poder
que tiene mi amor profundo:

no hay obstáculo en el mundo
que no se atreva á vencer.

Pero mi Leonor ya tarda,
y sin verla no sosiego;

corro á buscarla. Hasta luego. (*Váse.*)

MARTIN. Su vehemencia, me acobarda.

ESCENA SEGUNDA.

MARTIN, PEREZ Y ALFONSO.

MARTIN. El de Gijon viene aquí
con Ayala ¡vaya un par!
no los puedo atravesar,
verdad que ni ellos á mi. (*Se retira al foro.*)

ALF. Estoy por ella perdido. (*Salen sin ver á Mar-*

PEREZ. ¿Si? *tin.*)

ALF. Dudar de ello parece.

PEREZ. Os oi eso tantas veces.

ALF. Pues mira, nunca he mentido.

PEREZ. Mas si no veis una hermosa
que no os suceda igual caso.

ALF. Si Dios me las pone al paso
¿puedo yo hacer otra cosa?

No concibo tu extrañeza.

PEREZ. Yo tampoco vuestro gusto.

ALF. Pero dime tú ¿no es justo
rendir culto á la belleza?

PEREZ. Bien hecho está el admirarla

ALF. Ese es tributo muy leve.

PEREZ. ¿Pues qué mas hacerse debe?

ALF. Es muy sencillo: adorarla.



